

INAUGURACION

DE LA

ESTATUA DEL MARISCAL

D. ANTONIO JOSE DE SUCRE

EN QUITO

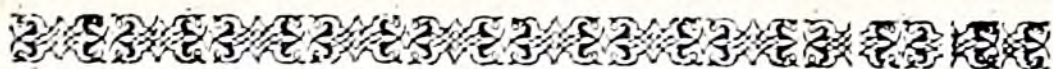
EL 10 DE AGOSTO DE 1892

(Publicación Municipal)



QUITO

IMPRESA DEL CLERO



LAS FIESTAS DEL 10 DE AGOSTO

Como somera introducción á los discursos pronunciados con motivo de la inauguración de la estatua del Gran Mariscal de Ayacucho, D. Antonio José de Sucre, nos proponemos hacer una sencilla descripción de las fiestas que la acompañaron. No calificaremos, pues, los discursos y poesías; y, por lo mismo, se nos perdonará que omitamos la merecida alabanza que quisiéramos hacer de algunos.

I

Amaneció el día 9 del presente: pocas horas después, estuvo ricamen-

te adornada la Capital de la tierra predilecta del inmortal Sucre, apellidado ya por voz autorizada, *el verdadero Padre de la Patria*; y á las doce, la tonante salva de artillería anunciaba un gran día de la patria. Nada más justo que vestirse de gala y manifestar su regocijo la hija el día de la celebración de la apoteosis del padre. La libertad, que es para el hombre algo así como el oxígeno para los pulmones, como la fe y la esperanza para el alma, tiene mucho de fascinador hasta en sus símbolos. ¡Hermoso espectáculo el de una ciudad libre ostentando por doquiera, al aire libre, el pendón libre de la patria! Y más hermoso aún si ese pendón es el bello tricolor de la tierra ecuatoriana.

A la una de la tarde principió el desfile oficial. La procesión cívica, compuesta de los miembros del Poder Ejecutivo, de una comisión de las Cámaras Legislativas reunidas á la sazón, del Poder Judicial, de la I. Municipali-

dad y del Comité Directivo de la Exposición, partió del Palacio de Gobierno á los salones de ésta, la que fué clausurada solemnemente por el Excmo. Sr. Presidente de la República, por medio de una alocución (1). En seguida un coro de más de doscientos niños entonó, acompañado de gran orquesta dirigida por el Sr. Aparicio Córdova, el "Himno á Quito," compuesto por este Señor y premiado en el concurso que se clausuraba. Luego el escritor ambateño D. Celiaño Monge, delegado al efecto por la I. Municipalidad y los expositores de Ambato, condecoró al Sr. D. Alcides Enríquez, Gerente de la Exposición, con una medalla conmemorativa (2). El Sr. Enríquez ha merecido, además, los aplausos del Supremo Gobierno, de la Municipalidad de Quito, del Comité Directivo de la Exposición y de gran número de sus conciudadanos, sobre todo, por su infatigable laborio-

(1) Véase la pág. 1

(2) Véase la pág. 3

alidad y constancia en el desempeño de su cometido, y su acrisolada honradez.

La ceremonia de la clausura de la Exposición, terminó cerca de las cuatro de la tarde. A las seis, estaba ya profusamente iluminada la ciudad y, á las ocho, dió principio la solemne distribución de premios á los expositores, en el teatro Sucre. Reuniéronse, pues, la fiesta de la Exposición, la de la inauguración de la estatua de Sucre y la del glorioso aniversario del 10 de Agosto. Notable coincidencia: en honra de Sucre fueron repartidos los premios á quienes, al amparo de la libertad por él asegurada, habíanse distinguido en las artes y en la industria, cabalmente en el aniversario del día en que este heroico pueblo diera el primer grito de libertad.

La fiesta de la distribución de premios, fué verdaderamente republicana; pues, para la Municipalidad, no hubo más preeminencia que la del mérito.

El Teatro había sido de antemano sencilla y elegantemente adornado. En el escenario estuvieron el Excmo. Sr. Presidente de la República, la I. Municipalidad y el Comité Directivo de la Exposición. El patio, en su mayor parte ocupado por los expositores, estuvo repleto; y, los palcos, llenos de lo más distinguido de la sociedad.

La función, compuesta de tres partes, principió con el Himno Nacional, modelo de solemne y patriótica armonía. Luego el Sr. Dr. D. Francisco Andrade Marín pronunció un discurso (3) en representación del Concejo; después de lo cual se distribuyeron los premios á los expositores del primer grupo; pues, al efecto, se habían dividido en cuatro grupos los objetos dignos de premio.

El primero comprendía: ciencias naturales y agricultura; el segundo, artes liberales y bellas artes; artes mecánicas y manufacturas, el tercero:

(3) Véase la pág. 9

é industrias no detalladas en el Programa, el cuarto.

La 2.ª parte dió comienzo por la “Exposición Nacional”, obertura compuesta por el reputado maestro D. Aparicio Córdova, que obtuvo en el Concurso la calificación de *muy buena*; siguió el discurso del Sr. D. José A. Quedo, Jefe de Sección del Ministerio de lo Interior y Relaciones Exteriores, y distribuyéronse los premios á los expositores del segundo grupo. Luego de haberse ejecutado por la orquesta la obertura *Isabel* de Soupe y de haber tocado en el violín el músico imbabuense D. Virgilio Chaves, la pieza compuesta por él mismo: “Variaciones de un violinista,” la cual fué premiada con medalla de oro, el inspirado poeta D. Juan A. Echeverría pronunció una oda que no se ha publicado aún por haber sido destinada por su autor al *Album* que dará á luz en breve la Sociedad de Artesanos del Guayas. Distribuyóse en seguida los premios á los expositores del tercer gru-

po; tocóse otra obertura; el habilísimo ejecutor D. Amable C. Ortiz tocó unas variaciones en el violín, y terminó la 2.ª parte del programa con la distribución de premios á los expositores del cuarto grupo. La 3.ª parte se limitó á la representación de la chispeante comedia: *El Preceptor y su mujer*, en cuyos entreactos ejecutó la Orquesta varias piezas escogidas.

Terminó la función que dió remate á las fiestas del día 9, á las tres de la mañana del día 10.

II

El día 10 despertó á la población la estruendosa salva hecha por la *Artillería* desde la cima de Panecillo, colina que traspasó Sucre en la memorable jornada del 24 de Mayo de 1822. A las siete de la mañana se hallaba ya la ciudad adornada como el día anterior; y á las ocho, celebróse en la Catedral la fiesta religiosa de costumbre, la que terminó á

las diez y media. A las doce, reuniéronse en los salones de la Casa Municipal el Supremo Gobierno, el Cuerpo Diplomático y Consular, las Excmas. Cortes de Justicia, el Excmo. Tribunal de Cuentas, los Comisionados del Poder Legislativo, de las Provincias y Municipalidades, de la Universidad Central, de la prensa nacional, de la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Real Española &.

A la una de la tarde principió á organizarse en la Plaza de la Independencia la procesión la que guardó el siguiente orden: rompían la marcha los coraceros; luego seguían, formando alas, los gremios de artesanos, las escuelas y colegios, las Sociedades patrióticas, los Comisionados de la Universidad Central, de los Distritos, Provincias y Cantones, el I. Concejo Municipal, el Poder Judicial y las Comisiones de las Cámaras Legislativas. El centro de la procesión estuvo ocupado por cinco carros que representaban á

las cinco Repúblicas libertadas por Bolívar, en el orden que sigue: el de Bolivia, el de Colombia, el del Perú, el de Venezuela y el del Ecuador; tras éste iban los miembros del Club Pichincha y, á considerable distancia, el Excmo. Sr. Presidente de la República, los HH. Ministros de Estado, los Subsecretarios, el Cuerpo Diplomático y Consular y, finalmente, el Ejército, que cerraba la procesión. Rara vez habrá presenciado Quito más solemne desfile. Dos alas uniformadas, de una extensión aproximada de 300 metros, honraban y servían como de marco á los Carros alegóricos de las cinco Repúblicas, los que se destacaban soberbios en el centro del convoy. Aparecía en primer término el de Bolivia: la graciosa niña que iba en él, hija del Sr. Cónsul de esa República, representaba á la Libertad. Artísticamente vestida con ricas telas de los colores de la bandera, con destreza combinados, ostentábase en la cima central del Carro, sobre trofeos de armas,

apoyada ligeramente hacia la izquierda sobre una columna, en la que se miraba la corona de laurel destinada al Héroe y empuñando en la diestra el Pabellón nacional. Riqueza y buen gusto habíanse encargado de la decoración de este Carro. Sobre cuatro ruedas que de oro bruñido semejaban, descansaba espacioso estrado, base de los bélicos trofeos, que á su vez lo eran de la Libertad. No podía darse idea más oportuna. En la República, la libertad, la verdadera libertad, la que se apoya en prepotente columna de justicia y tiene vigor suficiente para escudar el sagrado Pabellón, compendio de la vida de la Patria, esa libertad, decimos, ha de estar sobre todo: las leyes y las armas son su base.

Si á la brillantez de una idea se junta la acabada ejecución, nada tiene que pedir el arte; y tal fué lo sucedido con el Carro que, á grandes rasgos, describimos. Resta únicamente añadir algún pequeño detalle. Además de las telas de seda y terciopelo que

lo adornaban, llamaron la atención las doce niñas uniformadas de blanco que, repartidas á seis por lado y asidas de cintas de los colores de la bandera, honraban el Carro; y las dos hermosas parejas de caballos lujosamente enjaezados que lo arrastraban.

Tan lujoso como el anterior y notablemente más grande, el Carro de Colombia, arrastrado por cuatro briosos caballos negros de dorados cascos y hermoseedos con ricos jaeces, fué el más celebrado de los cinco mencionados. Sobre una alta pirámide se destacaba la gentil niña que representaba á la Libertad; iba cubierta con una túnica blanca de seda y empuñando brillante espada. En el pedestal asomaban, dos á dos, hacia el N. y S., cuatro frescos y rollizos niños que, en actitud gallarda, soplaban con ímpetu sendos clarines, representando los heraldos de la Fama. En la parte posterior del Carro y bajo los niños indicados, distinguíase á la hermosa niña que, regiamente sentada en el estrado, con au-

rea pluma se apercibía á escribir en lujosísimo libro los gloriosos hechos del Héroe cuya apoteosis se celebraba. Los detalles de este hermoso grupo y todos los concernientes al Carro nada dejaron que desear.

El Carro del Perú, arrastrado por tres hermosos caballos, medía más de cinco metros de altura y estaba dividido en tres cuerpos revestidos de seda con los colores de la bandera. La base de la pirámide cuadrangular (que tal fué la figura formada por el Carro) ó sea el primer cuerpo, estaba decorado con inscripciones relativas á las principales batallas libradas por Sucre; el 2.º con los escudos de las otras cuatro Repúblicas; y en el 3.º, ó sea en la cúspide de la valiente pirámide, bajo un lujoso dosel de seda, aparecía la simpática niña, hija del Sr. Cónsul del Perú, la cual representaba á la Libertad; coronada de laureles, con el escudo nacional hacia la derecha; en la izquierda, una lanza cubierta por el gorro frigio; y, sobre una

columna cilíndrica forrada de seda. donde se leía *Libertad*, la corona dedicada á Sucre.

En el Carro de Venezuela, tirado por cuatro briosos caballos de un mismo color, y custodiado por seis cocoreros, se veía reproducido en grandes proporciones, el hermoso escudo de esta República. La niña que representaba á la Libertad descansaba cómodamente sobre el cuerno de la abundancia. Lo que principalmente llamó la atención en este Carro, á más del lujo de las telas que lo decoraban, fué la exactitud y maestría con que había sido copiado el escudo nacional. Además, las ruedas del Carro estuvieron primorosamente doradas y los jaeces en armonía con la magnificencia de aquél.

Finalmente venía el Carro del Ecuador. En su composición, había-se seguido el mismo sistema que en el precedente: la reproducción del escudo nacional. En el centro del Carro asomaba ael Pichincha, cubierta la cima

de nieve, recibiendo los perpendiculares rayos del sol que se hallaba en el cenit. En uno de los recuestos de la sinuosa falda del majestuoso monte, como en propio lecho, se hallaba recostada la hermosísima niña que representaba á la Libertad, lujosamente vestida de guerrero romano. Hacia atrás veíase un navío, símbolo del mar ecuatorial. ¡Hermosa alegoría! No parecía sino que el viejo Gigante de los Andes, digno testigo de la gloria de Sucre, quería también á su modo pregonarla; y, cual prueba solemne, con divino orgullo enseñaba al mundo cómo la libertad conquistada por el Héroe, allí se estaba sosegada y firme como que aquél le servía de base y amparo. Hermosa alegoría, repetimos, que tuvo, además, el mérito de haber sido bien ejecutada por el artista que se encargó de la decoración del Carro. ¡Cuánto diéramos porque hubiese guardado perfecta armonía con la verdad!

No omitiremos la enumeración de las personas que patrióticamente to-

maron á su cargo la compostura de los Carros, ya que tan airosamente salieron del empeño. El Sr. Cónsul de Bolivia, D. Manuel Palacios, se encargó del Carro que representaba á esta República; del de Colombia, el Excmo. Sr. Dr. D. Francisco de Paula Urrutia, Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de Colombia, ayudado por la respectiva Colonia; del del Perú, el Sr. Cónsul de esta República, D. Guillermo Martínez, ayudado también por la escasa Colonia peruana residente en esta ciudad; del de Venezuela, el Sr. D. Alejandro Schibbye, Cónsul de Venezuela; y, finalmente, del del Ecuador, el "Club Pichincha" presidido por el Sr. D. Jenaro Larrea. Reciban todos los Señores enunciados y cuantos generosamente se prestaron á dar realce á la fiesta, los más cordiales agradecimientos del Concejo Cantonal.

En tres de las esquinas de la plaza Sucre, en cuyo centro se encuentra la estatua, se habían colocado hermosos arcos triunfales costeados por los

militares, comerciantes y artesanos de la ciudad (1). Luego que el séquito hubo llegado á la plaza, los Carros situáronse en torno del monumento, y los individuos de la asistencia oficial, en las carpas ó tiendas de campaña preparadas al efecto. En la de la mitad, frente á la estatua y en la parte OE. de la plaza, hallábanse de antemano el Ilmo. Sr. Arzobispo, el Ilmo. Sr. Obispo de Ibarra, el Ilmo. Sr. Obispo de Myrina, Administrador Apostólico de la Diócesis de Guayaquil y el Sr. Dr. D. Antonio Flores, ex-Presidente de la República y Delegado por los Comisionados de los Distritos, Provincias y Cantones de la República para tomar, á nombre de éstos, la palabra en la inauguración. Junto á los personajes enumerados situáronse el Poder Ejecutivo, el Cuerpo Diplomático y Consular, la Excm. Corte Suprema y los Comisionados del Poder Legislativo.

(1) La construcción del arco que debió haber sido colocado en la otra esquina, recomendó la Municipalidad á la Universidad Central; más no pudo ésta llevarlo á efecto, sin duda, por haberse verificado la fiesta en tiempo de vacaciones.

En la tienda de la derecha tomó asiento el Concejo Cantonal, junto al cual ocuparon sus puestos los Comisionados de los Distritos, Provincias y Cantones, luego de haber depositado en el monumento sendas coronas de laurel. En la carpa de la izquierda colocáronse los demás individuos de la asistencia oficial.

Fuera de la gran circunferencia formada por los Carros y del espacio ocupado por las carpas mencionadas, todo el resto de la extensa plaza fué llenada por el Ejército y una compacta muchedumbre del pueblo que anhelosa esperaba por momentos el instante deseado.

A las 2 de la tarde tomó la palabra el Excmo. Sr. Presidente de la República (1).

Cuando hubo dicho: *Compatriotas! en nombre de la República entrego la estatua del inmortal vencedor de Pichincha á la veneración de la posteridad. . . .*, descorrióse el velo que

(1) Véase la pág. 26.

cubría aquella y, después de pocos instantes de estupefacción general, confundieronse como en un solo grito, solemne y poderoso como el de las olas del mar, los aplausos y vivas de la multitud, la salva de artillería, el Himno nacional, ejecutado por cuatro bandas de música, y el confuso rumor de miles de individuos que, como electrizados, habían salido fuera de sí.

Al ofrecer las coronas al Héroe, las niñas que iban en los Carros pronunciaron pequeñas alocuciones y poesías (1.)

En seguida tomó la palabra el Señor Dr. D. Antonio Flores (2); luego el Sr. Presidente del Concejo Municipal (3); en seguida, el Excmo. Sr. Ministro de Colombia, Dr. D. Francisco de Paula Urrutia (4); y, finalmente, el Sr. Dr. D. Lorenzo R. Peña como representante de la prensa de Guayaquil, con lo cual cumplióse con el Programa publicado de antemano

(1) Véase la pág. 49 y siguientes.

(2) Véase la pág. 35.

(3) Véase la pág. 30.

(4) Véase la pág. 40.

y se retiró la asistencia oficial. Mas como hubo tribuna libre, ocupáronla también varios otros ciudadanos hasta después de ocultado el sol.

Por la noche hubo fuegos de pirotécnica en la misma plaza Sucre, y serenatas en honra del Héroe, ejecutadas por todas las bandas de música de la ciudad. La fiesta de este día terminó después de las 10 de la noche.

III

El 11 se repitió la exornación de la ciudad y las salvas de artillería sonaron á las mismas horas que los días anteriores. A las dos de la tarde, la Municipalidad obsequió á los gremios de artesanos con un banquete popular, en el ejido del Norte de la ciudad. Fué presidido el refresco por el Excmo. Sr. Presidente de la República y honrado, además, con la presencia de varios de los miembros de la Municipalidad. Por la noche hubo de nuevo iluminación general y retreta en la plaza Sucre.

El 12 se cumplió con el siguiente:

“PROGRAMA

I

Seis de la mañana: salva mayor de artillería.

Ocho de la mañana: dianas y formación de parada en todos los cuarteles para izar el pabellón nacional.

Doce del día: salva mayor de artillería.

Doce y media: solemne desfile de empleados y particulares con el Ejército, desde el Palacio de Gobierno hasta la plaza de Sucre.

El Himno nacional por todas las bandas militares.

Poesía del Sr. Coronel Dr. D. Angel Polibio Chaves (1).

Descarga de fusilería de la artillería de campaña.

(1) Véase la pág. 73.

Discurso del Sr. Coronel D. José María Alvear. (1).

Descarga de fusilería de la columna "Flores."

Discurso del Sr. General Dr. D. José María Sarasti (2).

Saldrán las banderas de todos los cuerpos y los Jefes y Oficiales, presididos por el Sr. Comandante General, depositarán una gran corona al pie de la estatua.

II

Discurso del Sr. Senador Dr. D. Antonio F. Córdoba.

Poesía del Sr. D. Juan Abel Echeverría (3).

Discurso del Sr. Miguel Moreno para dar, á nombre de los artesanos, una medalla de oro al Excmo. Sr. Dr. D. Luis Cordero (4).

Contestación de S. E. (5).

(1) El Sr. Coronel Alvear y el Sr. Dr. Córdoba, no pronunciaron los discursos, por haberse hallado indispuestos.

(2) Véase la pág. 75.

(3) " " " 83.

(4) " " " 87.

(5) " " " 88.

Poesía del Diputado Sr. Dr. D. Gonzalo S. Córdoba. (1).

Evoluciones de los cuerpos militares de todas tres armas.”

Además pronunciaron discursos el Sr. Dr. Juan R. Orejuela y el Sr. Dr. Emilio M. Terán (2).

V

Hecha pública manifestación de los cumplidos agradecimientos que da la Municipalidad no solamente á cuantos han contribuído á la realización de la estatua de Sucre, sino también á todos los que han cooperado á los festejos de la inauguración, no omitiremos que si éstos no han alcanzado la brillantez por el objeto requerida, no ha sido seguramente por haber dejado la Municipalidad de hacer cuanto ha estado á sus alcances. Réstanos únicamente decir cuatro palabras acerca del monumeto.

Es la estatua de bronce, color un tanto tostado, si se nos permite la ex-

(1) Véase la pág. 93.

(2) Véanse las pág. 95 y 97.

presión; mide dos metros noventa centímetros de altura, y se presenta á la vista del público, colosal; pues se halla sobre una base que no mide sino cuatro metros, sesenta centímetros de alto. La fundición de la estatua es debida al reputado artista francés Mr. Falguiere, quien la modeló, salvo pequeñas modificaciones, de conformidad con el diseño trabajado por el inteligente ingeniero nacional D. J. Gualberto Pérez. La actitud no puede ser más artística, y la semejanza con los más acreditados retratos del Héroe, es acabada. Se halla de pie, ligeramente inclinado hacia el lado izquierdo; erguido el rostro; dirigiéndose con la diestra al pueblo, en tanto que la otra mano descansa sobre la espada envainada. La estatua es, pues, la fiel representación del héroe de la paz, del magistrado modelo, antes que del invicto guerrero; y bien parece que nos dice como lo afirma el poeta de León;

. . . . “¡Ciudadanos,
Unión y paz que todos sois hermanos!”

El pedestal de la estatua es también elegante al par que sencillo. El plano fué trabajado por el arquitecto francés Mr. C. Chedanne y ejecutado bajo la dirección del ingeniero civil Mr. H. Beer.

Tiene el pedestal la particularidad de estar formado de traquita extraída de las faldas del Pichincha, campo de la victoria del 24 de Mayo de 1822, verdadero pedestal de la gloria de Sucre. En los tres lados de la base hay bajos relieves que representan, respectivamente, la batalla de Pichincha, la de Ayacucho y la apoteósis de Sucre; y, en el cuarto, la siguiente inscripción grabada en mármol, por el operario nacional Sr. D. Joaquín Albuja:

A SUCRE
EL ECUADOR
1892

Quito, Agosto de 1892.

DISCURSO

*del Excelentísimo Sr. Dr. D. Luis Cordero,
Presidente de la República, en el acto de declarar
clausurada la Exposición Nacional.*

Señores:

El acto que presenciáis se reduce únicamente á la declaración oficial y pública de quedar clausurada en este instante la lucida Exposición Nacional del presente año.

Cuando en la Junta solemne de esta noche se conozca la calificación que los respectivos jurados han hecho de los objetos exhibidos, y vayan, por consiguiente, á distribuirse los premios entre los exponentes cuyas obras hayan merecido informe favorable, se os dirigirá la palabra por quien sepa apreciar como es debido este certamen, en que la agricultura, la minería, la industria, las artes y aun las letras, se han presentado á competir, disputándose la palma del triunfo.

Yo me limito á dar por terminada nuestra Exposición, haciéndoos notar que ella ha permanecido abierta, llamando diariamente la atención del público, desde el día 24 de Mayo del año actual, hasta éste, en que tenemos la víspera de la grandiosa fiesta de la Patria.

Ojalá que siempre se solemnizase el inmortal recuerdo de nuestra autonomía clausurando galanas exposiciones y concediendo recompensas á los ciudadanos más hábiles y laboriosos de la República.

Concluiré, Señores, esta breve alocución, expresando oficialmente, como Jefe del Estado, el reconocimiento á que en justicia son acreedores todos los compatriotas nuestros que, atendiendo á la noble convocatoria del I. Concejo Municipal de este cantón, á quien el digno Presidente Sr. Flores prestó eficaz apoyo, acudieron con entusiasmo á colmar de objetos interesantes el recinto cuyas puertas se van á cerrar.

Reciba cada uno de ellos la parte que le corresponda en las gracias que á todos tributo, y cuente con que, á más de la gratitud, se le deben por el Gobierno de la República especiales consideraciones y deferencia.

Declaro, pues, clausurada la Exposición Nacional del presente año, y cito á los dignos expositores para la hermosa fiesta de esta noche, en que la gloria de unos despertará la emulación de otros y encenderá en el corazón de todos el saludable y vivicador fuego del entusiasmo.

He dicho.



DISCURSO

*del Sr. D. Celiano Monge, á nombre de la
I. Municipalidad de Ambato y de los expositores
de la provincia del Tungurahua.*

Exemo. Sr. Presidente, señores:

Voy á cumplir la más gloriosa para mí de las comisiones, á nombre de la Municipalidad de mi país natal y de los expositores de la provincia del Tungurahua, manifestando al Sr. Alcides Enríquez, Gerente de la Exposición Nacional, cuánta es la gratitud que alienta en pechos reconocidos y generosos. El día de la inauguración de este Certamen artístico é industrial, no faltaron voces elocuentes que hicieran estricta justicia, tanto al I. Ayuntamiento, iniciador y promotor eficaz de esta idea patriótica y luminosa, así como al Supremo Jefe de la Administración pasada que la protegió y la amplió en la medida de sus filantrópicas aspiraciones. Parece que hoy le ha llegado el turno al abnegado ejecutor y organizador de la fiesta del trabajo, al que supo vencer toda clase de obstáculos, y probo y diligente ha conseguido el más brillante resultado. Vos, Sr. Enríquez, como el que descubre áureos filones en las entrañas de la tierra, habéis sorprendido al genio artístico con entusiasta solicitud en los humildes talleres del hijo del pueblo; y yo que he presenciado vuestros esfuerzos, os vengo á ofrecer esta *medalla*, que si carece de valor material, es, con todo, prenda de subidísimos quilates, porque representa el justo re-

conocimiento de vuestros merecimientos. Aceptadla á nombre del industrial que emplea su trabajo inteligente en utilizar los elementos vitales de nuestra exuberante naturaleza; del artista que la idealiza y embellece con el mágico influjo de su imaginación creadora, y del artesano que ilumina su frente con el rocío de la diaria fatiga y llena vuestras necesidades con sus labores preciosas, que sólo la frecuencia de verlas nos induce á la injusticia de no admirarlas, según la notable expresión de Espejo, el ilustre precursor de nuestra emancipación política. La gratitud de los que os dedican este presente será indestructible como él, y durará cuanto dure el recuerdo de vuestra modestia y abnegación.

Celiano Monge.

El Señor Enríquez, contestó:

La medalla que tan benévolamente me ofrecéis á nombre de la I. Municipalidad de Ambato, la acepto más como una prenda de gracia, que como recompensa debida á mis servicios, en calidad de Gerente de la Exposición Nacional; pues, lo que he hecho, no es sino cumplir con un deber al que está obligado todo ciudadano; añadiéndose á esto, que, al tomar parte en la Exposición he dado pábulo á mis naturales inclinaciones: contribuir al bien siempre que puedo.

Recibid, Sr. Monge, mi sincero agradecimiento por haberos prestado á honrarme á nombre de la Municipalidad de Ambato, á la que manifestaréis mi profunda gratitud.

A LOS EXPOSITORES

QUE VAN HA SER PREMIADOS EN LA NOCHE DE HOY.

DISCURSO

del Excmo. Sr. Presidente de la República.

Uno de los sucesos más faustos de 1892 ha sido el de haberse presentado en exhibición pública una pequeña, pero interesante, muestra de lo que tiene y puede nuestra Patria en materias artísticas é industriales.

Todas las naciones cultas de la época presente prueban de tiempo en tiempo sus fuerzas productivas, haciendo, si se nos permite la expresión, el balance del progreso alcanzado, para trabajar, sobre base conocida, en el futuro desarrollo de su prosperidad.

Y hay frecuentes ocasiones en que se convocan y reúnen, dándose caballerosa cita al territorio de una de ellas, para lucir, en palacios espléndidos, el conjunto maravilloso de todo lo que, en diversas comarcas crea ó perfecciona la sorprendente civilización del siglo.

Para los que comenzamos á dar pasos de niño en la difícil senda de la prosperidad práctica, son esos brillantes certámenes de la ciencia y del trabajo lecciones elocuentes que nos estimulan, induciéndonos, cuando menos, á imitar, como en miniatura, las soberbias exposiciones en que la riqueza y el saber hacen lujosa ostentación de su poderío.

De atrevimiento había de calificarse esto de que una nación poco adelantada todavía

pretenda hacer, con escasa ciencia y recursos, algo de lo que acostumbran los grandes pueblos. Atrevimiento sería, en verdad, si ella pretendiese dar á la exposición de sus productos naturales y manufacturados, á sus creaciones artísticas, á sus modestas invenciones, una importancia de que carecen; pero nada tiene de vituperable el que haga un sencillo inventario de lo poco con que cuenta, y se complazca en observar que, no obstante la deficiencia de los medios, va obteniendo realmente un progreso gradual, que le infunde positiva esperanza de mayores adelantos.

El retraimiento y la dejadez conducen infaliblemente al retroceso, y éste á la postración y á la vergüenza. Si en la Exposición universal de 1889, celebrada en la capital de Francia, hubiese faltado aquel modesto pabellón que guarecía objetos ecuatorianos, grande sería nuestro bochorno, no sólo ante las naciones poderosas de Ultramar, sino también ante nuestras hermanas del Continente que tuvieron el laudable acierto de no rehuir aquel caballeroso torneo internacional del trabajo. Pero anduvimos felices: la hidalga Guayaquil nos suministró recursos; el distinguido y entusiasta ciudadano que gobernaba entonces la República puso singular empeño en que ésta remitiese á París su pequeño lote de cosas adecuadas para una exposición, y el resultado fué tan satisfactorio, que la mayor parte de los exponentes salió premiada. Lo dice quien tuvo la honra de coadyuvar al envío de dichos productos y la buena suerte de recibir galana recompensa.

El éxito, sobremanera favorable, de aquella exhibición, vino, como era de presumirse, á determinar esta otra, de reducido alcance, por

cierto, en razón de ser exclusivamente doméstica, pero superior, no hay duda, á la ecuatoriana de París, por lo interesante y copioso de los artículos expuestos. Se despertó el entusiasmo; fué mayor el afán, y quedó repleto nuestro decente, aunque no muy amplio, pabellón, de materias primas, de manufacturas y de objetos artísticos, que, ya por su importancia, ya por su belleza, han llamado, durante más de dos meses, la atención de crecido número de visitantes.

La admiración con que muchos de esos artículos han sido contemplados, bastaba como premio para los respectivos exponentes; pero el Comité organizador del hermoso certamen, la digna Corporación municipal de Quito y el ilustrado Gobierno cuya administración terminó hace poco, han dispuesto las cosas de tal manera, que los más de dichos exponentes van á tener también recompensa semejante á la que se acostumbra dar en pueblos más avanzados y prósperos.

Las Comisiones calificadoras han emitido su dictamen, y el día de hoy, víspera de la gran fecha de la Patria, es el designado para laurear á los que, en la gallarda lid del trabajo y del talento, han tenido la dicha de quedar triunfantes.

Han honrado á la Nación con su ingenio y laboriosidad. Precise es que, en nombre de ella, se les honre también públicamente, para íntima satisfacción suya y provechoso estímulo de quienes asisten á esta hermosa fiesta de la industria.

El éxito plausible de nuestra Exposición nacional del presente año garantiza el mayor brillo de las que hemos de celebrar en lo futu-

ro; pues, cuando una sociedad se conoce con fuerzas suficientes para organizar certámenes como el que hoy termina, es natural que las sienta mayores á medida que el tiempo pasa y que al acrecentamiento de ellas contribuye el entusiasmo proveniente del triunfo.

Sea, pues, la Exposición que hoy hemos clausurado la base sobre la cual fundemos el edificio de nuestra creciente prosperidad, haciendo que á cada fiesta del trabajo suceda otra más espléndida, que presagie, á su vez, la magnificencia de la posterior. Así subiremos, por escalones progresivamente más amplios, á la altura en que descuellan las naciones acreedoras al envidiable título de cultas y opulentas.

¡Ciudadanos expositores! vais á recibir, con toda solemnidad, ante un imponente concurso de personas distinguidas, el codiciado premio de vuestra inteligente labor, premio que, para ser decente y digno, consiste sólo en un símbolo de honra, que vosotros y vuestras familias podréis conservar para memoria perpetua del mérito que se galardona con él. Yo os aplaudo y felicito con el natural fervor de mi carácter, y os emplazo, con la mayor instancia, para que en épocas posteriores concurráis igualmente á ostentar los frutos de vuestra ingeniosa actividad, ganando crédito para vosotros y lustre para la Patria.

Os suplico, por otra parte, que ayudéis á ésta en su empeño de salir airosa de un arduo compromiso que el decoro le ha obligado á contraer para la gran exhibición colombiana de Chicago. Aprovechad doblemente de los objetos que os grangean el premio de hoy. Enviádselos á nuestra poderosa hermana del Norte. Sed expositores en los magníficos palacios

de Jackson Park. Nada os costará el envío de vuestras obras: el Gobierno pagará su transporte. No tenéis más que prestárselas, para que vayan á ocupar, por breve tiempo, el espacio que, en monumentales edificios, les ofrece aquella gran República, y regresen, luego después, trayéndoos una segunda y preciada recompensa.

Recibid, finalmente, mi pláceme, por el premio que os han deparado la munificencia del Gobierno y la de la Ilustre Municipalidad de Quito.

Agosto 9 de 1892.

LUIS CORDERO,

DISCURSO

*del Sr. Dr. D. Francisco Andrade Marín,
en la distribución de premios.*

Señor Presidente. Señores:

Mil veces bendita sea la Paz, amable mensajera de la plena salud del cuerpo social: la paz, signo inequívoco de un pueblo culto y de un Gobierno ilustrado y justo en que si el gobernante manda con la ley, el ciudadano, á su vez, la obedece con respeto y con amor.

Hoy, bajo el templo augusto de la paz, descansa risueña, adormida y gozosa, esta adorada patria, hija predilecta de Bolívar y de Sucre. Ella se complace en aclamar entre cánticos de gloria, el triunfo solemne de la Exposición Nacional, y se prepara á conceder á los

vigorous luchadores del trabajo, las coronas que han merecido en la arena del combate.

Trescientos cinco son los expositores que presentados á concurso, han exhibido más de 400 objetos cuya mayor parte son de mérito indisputable. Sobre este número se han concedido 59 medallas de oro, 115 de plata, 114 de bronce y 112 diplomas de honor. He aquí los premios cuya distribución es el objeto de esta grandiosa fiesta nacional.

Y puesto que la Exposición llega á su término, yo á nombre del Concejo Cantonal de Quito que se ha dignado confiarme este honroso cometido, cumplo el gratísimo deber de tributar sincero homenaje de acción de gracias y efusivas felicitaciones al Supremo Gobierno que ha protegido y realizado con eficacia y vivo interés, la civilizadora idea de Exposición Nacional de artes é industrias; al Comité Directivo que por medio de su Gerente infatigable, Sr. Alcides Enríquez, ha organizado los trabajos y ha dado vida y animación á la empresa desde su origen hasta su término: á la mayor parte de las provincias que se han disputado la palma de la prioridad en la remisión de obras selectas: al Director de Obras Públicas, Arquitecto de Estado y Floricultor que han dejado satisfechos los deseos del Gobierno, del Municipio y el Comité en cuanto concierne á edificios y decoraciones: á las juntas calificadoras que, con lucimiento y oportunidad, se han dignado desempeñar la penosísima y odiosa labor de analizar y aquilatar el mérito comparativo de las obras concursadas; y por fin, al noble pueblo quiteño que con su crecida falanaje de artesanos é industriales entre los que ha campeado buen número de hábiles Señoritas, ha ob-

tenido gloria imperecedera para la capital de la República. Hago especial mención de nuestros extranjeros residentes á quienes les tributo cumplida gratitud, porque tomando parte en nuestro concurso doméstico, han exhibido preciosísimos artefactos.

Ahora, permitidme haceros una reflexión.

La riqueza es la *única escala* que ha logrado construir el hombre para subir al Cielo de todas las felicidades terrenales. Sin la riqueza, el individuo, la familia y la sociedad, son entes despreciables que ni pueden ni deben tomar asiento en el gran festín del mundo civilizado. El pobre, cuando no representa al anciano, á la viuda ó al huérfano, ha de ser necesariamente un inválido de la salud ó un esclavo del vicio. Para éste, si fuere un ébrio, abiertas le quedan las casas de temperancia; y si un criminal, allí están las cárceles y panópticos. Para los enfermos y desvalidos, gracias á Dios, no faltará un hospital ó una casa de asilo. Más, ¿cómo podremos disimular que, en todo evento, estos seres de la desgracia voluntaria ó forzada son las hojas secas del frondoso árbol de la vida? Ni jugo, ni savia, ni brillo, ni aroma. Con su cédula de invalidez, esos infelices, atormentados yacen muriendo, más que todo, por su incapacidad para un trabajo productivo; porque el trabajo es el enemigo mortal de la pobreza, la cual *envilece y anonada*; porque el trabajo es amo y soberano del mundo que se yergue por la riqueza, pues que la riqueza es el Cielo de la tierra.....

Bendito sea, pues, el trabajo en todas sus múltiples y admirables formas embellcidas por las ciencias y las artes. Si de un pueblo cualquiera, suprimimos la industria, no halla-

remos en él sino vida vegetativa envuelta en los crasos errores de una salvaje estupidez; y si por el contrario, suponemos en un pueblo gran suma de trabajo industrial, como por encanto surge á nuestra vista, patria tan esplendorosa como la de Washington ó tan rica y fuerte como la de Francia. ¿Y dónde encontraré yo al ecuatoriano que no ansíe ver en la tierra de sus mayores, un pueblo inteligente y viril, honrado y laborioso, rico y fuerte, hospitalario y generoso, respetado y feliz?

El que se sintiere impulsado por la fuerza irresistible del genio, ó hubiere bebido las aguas de helicon, bien estará que siga manejando el pincel ó el arco, el cincel ó la pluma, y que tomando baños de inspiración en las inagotables fuentes del ingenio, sirva gratamente á la patria y admire á sus conciudadanos. También los industriales que no se encontraren abrumados por el peso matador de la competencia extranjera que nos ahoga con artefactos de imponderable perfección, procederán con acierto si continúan haciendo la alegría de nuestras ciudades con el ruido soporoso de la sierra, con el grato gemir de las tijeras, ó el varonil martillo de Vulcano. Todo esto constituirá una armonía, establecerá la división del trabajo y no se apartará del objetivo de la riqueza pública y consiguiente bienestar social. Mas no desconozcamos una verdad irresistible que la experiencia se ha encargado de enseñarnosla.

El Ecuador ha menester concentrar todas sus fuerzas con vivísimo empeño, en el cultivo de la agricultura y en la explotación de sus minas con la mayor suma posible de inteligencia y de ciencia; porque la materia prima que nos prodiga este como océano de exuberante vege-

tación y minería, encontrará siempre mercado abierto, fácil y ventajoso fuera del suelo ecuatoriano, en tanto que los frutos de nuestra industria artística y fabril, por punto general, retrocederán como espantados en vista de esa oleada impetuosa de maravillas artísticas extranjeras. ¿Y por cuántos años ó siglos seguiremos pasando por estas horcas caudinas? Colocados en tal terreno, perdidos estamos, Señores, mientras el silbido de la locomotora no venga á despertarnos de nuestro pesado letargo entre las breñas de los Andes. Sávenos, pues, la agricultura y la minería en alas del ferrocarril.....

Se nos va para siempre el siglo XIX. El ansiado, el agonizante anhelo de este pobre soñador hijo del pueblo, es que no nos sorprendan las alboradas del siglo XX sin que saludemos en Quito *á la primer locomotora*.

Esta gloria imperecedera quédele reservada al que bien se la merece—al ecuatoriano que del asiento del pueblo en fuerza de sus propias virtudes, ha subido al Solio á trabajar por la Patria sin respiro ni descanso y preparar de este modo, el pedestal de su apoteosis, que la ganará, no lo dudo, á fuero de grandes acciones.

Gloria al pueblo y á las instituciones que le dan riqueza y bienestar. Gloria á ese Magistrado que esclavo de la ley acaba de bajar del Solio dando ejemplo de magnanimidad *desconocida* en el Ecuador, y bendito sea el Magistrado que imitándole y sobrepujándole, si puede, haga estable y duradera la Paz que es la amable mensajera de la salud del cuerpo social.



DISCURSO

*leído por su autor, D. Antonio José Quevedo,
en la distribución de premios á los
expositores de la Exposición Nacional,
el 9 de Agosto de 1892.*

Señores :

Una comediada invitación del I. Concejo Municipal me ha traído á dirigiros la palabra, en la confianza de que seréis indulgentes con quien, sin esperar aplausos que no podrá alcanzar, sólo se propone manifestaros su entusiasmo y dar una voz de pláceme y aliento á los que esta noche han sido premiados por los trabajos que exhibieron en nuestra Exposición Nacional, clausurada hoy.

No tratamos ahora de festejar esas ilusiones quiméricas con que á las veces se nutre el patriotismo, ni vemos coronas tejidas por la adulación para enorgullecer á quienes las alcanzan merced á loca fortuna, ó á victorias manchadas con sangre y lágrimas de hermanos. Nó, Señores, esta noche batimos palmas y nos entusiasmamos ante una realidad hermosa y un triunfo, si más modesto que el del guerrero, el orador y el poeta, no menos legítimo y quizás más fecundo para la Patria.

Cada uno de los que ostentan la noble condecoración, fruto de labor constante, debe sentir igual gozo al del soldado que, después de largo y rudo combatir, salva el reducto enemi-

go y hace flamear sobre sus ruinas el pabellón á cuya sombra desafi6 á la muerte.

Nada hay más embriagador que el triunfo. El hombre que lo obtiene se alza sobre la esfera común, y en la altísima á donde llega, su espíritu, flotando en luz esplendorosa y armonías nunca oídas, columbra algo de ese vivir inmortal que decimos gloria. Y ¿qué es el triunfo sino el término feliz de una empresa, el final de una lucha, la realización de una esperanza?— No hay, pues, triunfo sin lucha, ni lucha sin un fin que la provoque; y cuanto más elevado este fin, la lucha será más difícil y el triunfo más noble y halagador.

* * *

Por los obstáculos que á cada paso encuentra en su camino, por sus facultades que tienden al perfeccionamiento y por el anhelo innato de la felicidad, el hombre es un sér creado para la lucha. La tierra es campo de batalla donde los combatientes lidiando en vano por conquistar el inexpugnable alcázar de la Felicidad, avanzan un paso, ruedan en el polvo y son reemplazados por la reserva, compuesta de las nuevas generaciones, á quienes cabe la misma suerte. Y así la historia de la humanidad es sólo la del combate que ha venido sosteniendo por conseguir el progreso—camino de la felicidad—, combate largo y titánico en el que han esgrimido y esgrimen todas sus armas la inteligencia y voluntad humanas. Pero este combate se nos presenta en las edades de la Historia con caracteres distintos, provenientes del grado de desarrollo de la humanidad, cada día más y más perfeccionada.

El hombre, sociable por naturaleza, sólo en la sociedad puede desenvolver sus facultades, las que le mueven á la felicidad común. El movimiento á la asociación es quizás el único carácter de las épocas primitivas: y la lenta metamorfosis de la familia en tribu, la de ésta en pueblo y la del pueblo en ciudad, son el argumento de gran parte del Pentatéuco, en la Historia Santa, y de todas las mitologías que han simbolizado ese movimiento en las brillantes fábulas de sus semi-dioses y héroes.

Cuando comienza la certeza de la narración histórica encontramos que la ciudad tiende á convertirse en Nación y que se establece la ley de la conquista, supremo principio, carácter distintivo de la edad antigua, el cual no es sino la inconsciente tendencia á la unidad material de los pueblos, mediante las grandes asociaciones. Efecto de esta causa, la conquista fué la cuna y sepulcro de los misteriosos imperios del Oriente, de la culta heguemonía de la raza helénica y del poder incontrastable del pueblo romano. Ciertó que las artes, y sobre todo las bellas, alcanzaron entonces una perfección que no se ha podido superar hasta ahora; cierto que las ciencias, especialmente las filosóficas y jurídicas, tocaron al ápice de la sabiduría; y cierto también que la virtud, si así puede llamarse la no inspirada por una moral divina, nos dejó ejemplos admirables;—pero ni el ejercicio de las artes, ni la profesión de las ciencias, ni la práctica de la virtud fueron sino el tributo á la idea y sentimiento de la unidad social ó sea del Estado, tirano al que pertenecía el hombre todo. De ahí provino en los imperios asiáticos la omnipotencia teocrática de sus reyes que personificaban el Estado;

de ahí en Grecia las leyes de Licurgo, de Solón y el ostracismo; de ahí en Roma como ley suprema la salud del pueblo; y, donde quiera, la esclavitud de los vencidos, el anonadamiento del hombre y la bárbara humillación de la mujer.

Esta noción absorbente del Estado desnaturalizó la vida individual cuya única misión se reducía á dar ciudadanos y soldados, cuyo principal trabajo eran la guerra ó los ejercicios bélicos y el máspreciado triunfo el de las batallas, ó bien, en Grecia, el de los juegos olímpicos y otros semejantes, y en Roma, aquella como apoteosis del vencedor que recorría las calles de la ciudad eterna, arrastrando de su carro centenares de prisioneros y luciendo los despojos de todo un pueblo vencido y humillado.

Llegó al fin la época en que la humanidad viera realizarse su inevitable tendencia de unión, pues la mayor parte del mundo antiguo obedecía á Roma, hablaba su lengua y se regía por sus leyes; pero esta unión, hija de la conquista, era madre de la servidumbre. Se alcanzó el triunfo en la lucha por la organización material de los pueblos y ahí terminó la misión de la edad antigua. El sensualismo y desorden social; el estado tristísimo á que llegó el hombre, á quien faltaban aspiraciones más adecuadas á su naturaleza, la conciencia de su dignidad y el ejercicio de sus derechos inalienables; todo clamaba por la reforma y regeneración, todo pedía luz para las almas y nueva savia para reconstituír los organismos.

* * *

Dos sucesos variaron el rumbo de la humanidad que, merced á ellos, entró en otro

período muy distinto del anterior. Estos sucesos fueron el establecimiento del cristianismo y las invasiones al Imperio Romano de los pueblos germánicos y escitas.

El cristianismo patentizó el verdadero fin del hombre y fortificó su espíritu con la fe en el Dios vivo, la esperanza en la dicha futura y el amor sublimado por la abnegación. Fe, esperanza y caridad son el fundamento en que Cristo levantó el edificio eterno de la verdad y del bien. Mares de sangre fueron menester para consolidar la religión augusta sobre las ruinas del error, y desde entonces la humanidad entró en nueva vida: en la vida del alma.

La conquista del Imperio de Occidente llevada á cabo por las hordas del Norte fué el otro acontecimiento que cambió la faz de la historia, porque ellas trajeron costumbres sencillas y viriles, el espíritu de libertad, la tendencia al individualismo, el respeto á la mujer, y nueva, vigorosa sangre; cualidades que realzadas é ilustradas por el sentimiento cristiano, dieron á pique con la repugnante corrupción y molicie, el estigma de la esclavitud, la tiranía del Estado, y la humillación de la mujer que de vil instrumento de deleite pasó á la elevada categoría de esposa, compañera del hombre y partícipe de los mismos derechos.

La organización material de los pueblos—herencia de la edad antigua—se conservó gracias al enlace entre vencedores y vencidos; mas, la fe ardiente, el espiritualismo poético y el entusiasmo de renovada juventud, movieron á los pueblos á otra lucha que determina el carácter de la edad media y tuvo por objeto la unidad moral del mundo. Y como la religión es el medio más eficaz para alcanzar esta

unidad, el sentimiento é idca religiosos fueron el grito de guerra á cuyo influjo se lanzó Europa á la romántica epopeya de las cruzadas, y se fundaron las órdenes monásticas para el ejercicio de virtudes sublimes, y nació la caballería con sus ideales místico-guerreros, y se hizo algo como religión el amor á la mujer, y florecieron las ciencias metafísicas y teológicas, y se compusieron los mejores cánticos de la Iglesia y la “Divina Comedia”, y se edificaron las catedrales góticas cuyas ventanas ojivales son como ojos para contemplar lo infinito, y sus agujas, brazos que nos señalan el cielo.

Además, en la edad media echaron raíces las libertades municipales, modelo y prelude de la gran libertad política de los tiempos modernos, y adquirieron forma y genio las diversas nacionalidades que, al andar de pocas centurias, han venido á ser los potentes atletas del actual progreso.

* * *

La unidad del mundo cristiano llegó á realizarse, y la edad media quedó envejecida. La conquista de Constantinopla por la Media Luna arrastró la inmigración griega á las ciudades del Occidente, las cuales recibieron, como en tierra virgen, las semillas del saber y del arte antiguos. Esto produjo el renacimiento de los estudios clásicos, precisamente cuando se acababan de realizar descubrimientos portentosos como el de la imprenta que multiplicando el verbo escrito hizo ilimitados los horizontes del pensamiento; como el de la brújula que salvando las apartadas columnas de Hércules y eclipsando á la estrella polar, rasgó el velo

de océanos inmensos é hizo surgir de sus soledades nuevos mundos, y como el de la pólvora que cambiando el sistema de la guerra, imposibilitó las irrupciones asiáticas, afianzó la preponderancia de la raza aria y garantizó la estabilidad de la civilización cristiana. Nuevas ciencias enriquecieron el tesoro de la sabiduría, nuevas ideas surgieron de aquel prurito de descubrimientos, y nuevas aspiraciones inquietaron al mundo. Hé ahí otra edad que va á luchar en terreno más ventajoso y extenso, para la consecución de un ideal que presupone los de las épocas anteriores; hé ahí la edad del progreso universal, la edad moderna.

La base del progreso es la libertad, y el triunfo de ésta costó porfiado y cruento combate, primero en el campo religioso á consecuencia de la reforma protestante; después en el de la especulación, aunque extraviándose en filosofismos escépticos y erróneos como los del siglo décimo octavo; y luego en el de la política, siendo esta lucha la más tenaz y decisiva porque fué indispensable que el libre gobierno representativo se bautizara en el torrente de sangre, que derramaron la revolución francesa y las guerras por ella promovidas.

Estaba, pues, alcanzado el triunfo de la libertad: ya el hombre no se despedazaba por los principios religiosos, eran un hecho los problemas de las ciencias políticas, y los pueblos cristianos, con excepción de Rusia, sólo se gobernaban por el sistema constitucional. Mientras tanto las ciencias naturales y exactas, físicas y químicas, filosóficas y sociales aumentan sus dominios y se elevan á vertiginosa altura; la legislación entra en rumbo más humano y progresivo; y acortadas las distancias por lo-

comoción alada, unidos los pueblos por intereses comunes, el mundo está en la edad de la inteligencia, de la industria y del trabajo que, según la bella expresión del Presidente Flores, son el único campo de batalla para lo porvenir.

Sí, Señores, nuestra edad es la edad del progreso universal y el gran instrumento del progreso es el trabajo. No hay para qué—ni es posible—describiros ahora el grandioso espectáculo que nos presenta el trabajo moderno, en el cual han hecho prodigios la inteligencia y libertad que, ilustradas por la ciencia económica, se han convencido de que en el trabajo ó sea la industria—conjunto de las aplicaciones de éste—, encontramos la fuente de todos los bienes apetecidos en la tierra. En efecto: ella se apropia de la materia y la transforma para satisfacer nuestras necesidades; ella es el cimiento de la riqueza, ó sea del dulce bienestar; de la dignidad personal que nos trae el respeto de los otros, de la suspirada independencia con que sueñan la altivez y la ambición, del libre desarrollo de nuestras facultades, del engrandecimiento de los pueblos.

Por esto la ilustrada época presente tiene por objeto de su lucha la adquisición de la riqueza, y á esta idea y tendencia se deben: el desarrollo extraordinario del trabajo, dirigido por los principios y prescripciones de la ciencia; la extensión maravillosa del comercio, fomentado por la política, la diplomacia y aún la fuerza; y la solidaridad de los pueblos en ideas, esperanzas, sentimientos y acciones.

Nuestra Patria, Señores, aunque atraviesa todavía el período de la adolescencia, ha comenzado también á luchar, como la mayoría de las Naciones civilizadas, por la adquisición de la riqueza; y con grande alborozo la hemos visto en los últimos años olvidar sus guerras intestinas—paso de la ambición menguada y de las pasiones bastardas—para entrar en el camino del progreso, invocando la santa ley del trabajo. Y como la mayoría de las naciones civilizadas ha consagrado un monumento á esta levantada lucha contemporánea, en nuestro certamen nacional que, si modesto en comparación de los que celebran los pueblos adultos ó ancianos, ha excedido á lo que de él esperábamos, y nos ha manifestado el alcance actual de nuestras fuerzas y el que pueden tener con el tiempo, al influjo de la paz, bajo la dirección de las leyes económicas, al amparo de una política prudente, al impulso de la instrucción general y, á la magia, sobre todo, del raudo rodar de la locomotora, cuyo silbido es un conjuro que ahuyenta á la barbarie y uno como himno que entona la civilización. De estas condiciones indispensables al progreso de nuestro trabajo, algunas son ya casi un hecho, y no muy tarde serán todas hermosa realidad, porque el progreso es necesario por naturaleza y lo necesario acontece aún á pesar de los errores, desengaños, crisis y desgracias que acompañan á los pueblos en su aprendizaje de la vida.

En esta incipiente lucha por la riqueza, la Exposición que terminó ha sido un hermoso triunfo, más excelente y civilizador que

todos los obtenidos en nuestra vida republicana, después de la epopeya de Bolívar: triunfo que lo debemos á la loable iniciativa de la I. Municipalidad de Quito, á la eficaz protección del pasado Gobierno, al patriotismo de la Comisión Directiva, á la actividad y constancia del Gerente de la Exposición, Sr. D. Alcides Enríquez—cuyo nombre me complaceo en recordar como acto de justicia—y, sobre todo, al trabajo de vosotros, los verdaderos triunfadores, que merecéis las principales glorias de la jornada.

Vosotros habéis exhibido en ella muestras notables de la industria en todas sus ramas. Allí—en la extractiva—los productos de nuestros ricos y variados reinos vegetal y mineral; allí—en la agrícola—junto con las espléndidas producciones del Trópico las nobles y sustanciosas de la zona templada; allí—en la de cría de animales—ganado vacuno y caballar de buena raza y ensayos felices de la piscicultura y apicultura; allí—en la industria fabril—el casi perfeccionamiento de nuestros tejidos de lana y algodón, el principio de la filástica y textura de la cabuya que serán un gran venero de riqueza, y los curtidos de pieles notablemente mejorados; allí, piezas de maquinaria que indican nuestras aptitudes para la mecánica; allí, las primicias del arte cerámico en vía de perfección. En licorería, vinos, aguardientes y cervezas que, mejorados, disminuirán la introducción extranjera; en todas las artes mecánicas y útiles, muchos objetos que rivalizan en gusto y excelencia con los mejores de Europa y Norte América; en artefactos de mujeres, todo lo que puede exigir su amplia y caprichosa indumentaria, como flores, encajes, bordados y

costuras. Respecto á bellas artes,—en música— composiciones cuya armonía y motivo son un asombro al lado del monótono y plañidero yaraví; en las artes plásticas, ejemplares que hacen esperar su perfeccionamiento; y en la pintura—esa poesía muda de la luz y los colores— paisajes que copian é interpretan nuestra naturaleza, desde las regiones solitarias y heladas de los páramos y peñones andinos, hasta aquéllas en que se ostenta el lujo y vida ardiente de nuestras selvas ecuatoriales; luego cuadros de costumbres populares donde campean la chispa y la manera artística; cuadros de asunto histórico y religioso que son creaciones peregrinas propias para un poeta; y primorosas pinturas de ornamentación,—obra de manos adorables: habiendo demostrado todo lo expuesto en el arte pictórica, que el genio ecuatoriano conserva su primacía en el nuevo mundo. Y por último, en artes liberales, entre varias de notar, una obra filológica del actual Jefe de la República, obra llamada á salvar del olvido al dulcísimo idioma de los hijos del Sol.

Verdad es que en nuestra Exposición han faltado aún muchos objetos que producimos y podemos producir, pero esta falta podrá enmendarse en otra que tengamos. Mientras tanto, como ensayo, aquélla ha sido un verdadero triunfo para la patria en general, y en particular para vosotros: agricultor, que á tu trabajo debe el país los artículos de su alimentación; industrial, que enseñas á explotar nuestras materias primas y creas nuevos medios de riqueza; artista, que eres el orgullo de tus conterráneos y tienes la noble misión de contribuir al cultivo de su espíritu mediante tus representaciones de lo bello, y artesano que eres el bra-

zo de la nación y quien provees á nuestras necesidades cotidianas.

No os olvidéis de este egregio triunfo y haced que sea precursor de otros mayores. Vosotros sois ahora los capitanes del ejército ecuatoriano que milita en la campaña del trabajo: conservad siempre su disciplina, no déis tregua al combate, y, para ejemplo y estímulo de vuestros soldados, guardad, como un tesoro, esa honrosa condecoración que relucirá en vuestros hogares como un astro de la buena nueva.

Adelante, nobles campeones del trabajo! No retrocedáis en el camino del triunfo. Adelante! y así la Patria que se goza en él, os contará entre sus hijos predilectos.

He terminado.

Quito, 9 de Agosto de 1892.



DISCURSO

*de Luis Cordero, al inaugurarse la estatua del
Gran Mariscal de Ayacucho, en una de las plazas
de la capital del Ecuador.*

Conciudadanos:

¡Cuánto tarda la justicia de los hombres!

Setenta años han transcurrido desde que la espada del segundo adalid colombiano escribió en las faldas del Pichincha, con letras de fuego, la mágica palabra *Victoria*, y no había crecido hasta hoy, en setenta años, una palma para Sucre entre los arbustos del campamento.

¡Suerte la de los héroes! El brillo deslumbrador de sus proezas se eclipsa durante algún tiempo entre las tinieblas del olvido, ¡como si la muerte tuviese el poder de matar á la gloria!

Pero los años son instantes, cuando se trata de la inmortalidad. El silencio de la ingratitud tiene su término. La voz poderosa de la fama se hace oír sobre el sepulcro de los grandes. Los pueblos adormecidos despiertan á ese clamor, se avergüenzan de su antiguo desdén, se entusiasman, se inspiran, se enardecen y, levantando de la tumba al prohombre que yacía, lo alzan sobre el sólido pedestal del reconocimiento.

Hé aquí, conciudadanos, que la culta y caballerosa Quito paga hoy con esplendidez lo que debía á su insigne libertador. Nada resta del olvido; nada del silencio. Suprimido el paréntesis de sombras, aparece de nuevo, inun-

dado de luz, el teatro de las hazañas. El Capitán tiende su brazo; el Pichincha relampaguea, y Quito aplaude

Cuando nuestros eximios mártires de 1810 pagaban aquí, al precio de su vida, la audacia de haberse proclamado libres, hacía en Venezuela sus primeras campañas, adolescente aún, el ínclito D. Antonio José de Sucre, predestinado por la Providencia para realizar el generoso intento de aquellas inolvidables víctimas. El volcánico ardor de la refriega templaba el acero con que había de redimir la tierra de los Schiris y la de los Incas.

Al resonar en el Guayas el clarín de la independencia, apareció el Campeón cumanés manejando, según la enérgica frase de nuestro gran cantor, el rayo que le prestara el Júpiter de Colombia.

Estalló ese rayo sobre las huestes adversas, levantando nubes de humo y de polvo en el recuesto de esta montaña, y se alzó, para siempre libre, la Reina de los Andes.

Parece que los denodados combatientes vuelven á cubrir la falda del Pichincha; que entre centellas y truenos, se desata otra vez la tempestad; que aquel sublime temerario llamado Córdova se precipita sobre el ejército enemigo, para arrollarlo al empuje de las bayonetas, y que el cuencano Calderón se arrastra nuevamente en pos de gloria, ardiéndole el alma en el cuerpo destrozado.

¡Qué grandeza, Señores, la de Sucre!

Aún pasará á las comarcas del Potosí; tendrá la imponderable dicha de dar le postrera batalla de la independencia, y escribirá en las rocas de Quito el *Non plus ultra* de la dominación española; de la dominación digo, no de

la amistad, no del afecto, que se reanudaron en el campo mismo de la contienda, mediante el brazo del adalid vencedor á los bravos generales á quienes no fué propicia la fortuna.

Al estampido de los cañones de Ayacucho, brotó una Nación nueva, en el territorio de los Incas. Sucre había de gobernarla; no con el brazo de titán, que desbarataba ejércitos, sino con la suavidad, con la medida, con el talento, con el tino, propios del más hidalgo y amable capitán de la emancipación. Bolivia había de ser feliz, teniendo tal gobernante.

¡Mas ay que fermentaba ya la levadura de la demagogia, aciaga peste futura de los pueblos sud-americanos! Ese brazo que trazaba el derrotero de la victoria, y alzaba de su prostración á patrias redimidas, fué roto por la bala de un infame ¡sangriento preliminar del nefasto drama de 1830!

Había terminado para Sucre la carrera de la gloria: principiaba la del sacrificio. La última corona de los héroes jamás es de flores, siempre de espinas. No emigran ellos á la excelsa región de la inmortalidad, sin haber apurado, como Bolívar, la acibarada copa del desengaño, ó sucumbido, como el primero de sus tenientes, en el sombrío altar de la inmólación.

Pero abstengámonos de mentar á Berruecos en estos instantes de júbilo. Pasó el odio; pasó el crimen. El triunfo de hoy corresponde á la gratitud; es de la justicia.

Hasta en lo precoz de su muerte, por más que ella nos parezca digna de lástima, se le puede tener á Sucre por afortunado:—murió antes que Colombia.

Apartemos los ojos de ese cuadro siniestro, que nos representa á Sucre asesinado, á Bolívar

agonizante y á Colombia moribunda. La gloria del presente desvanezca con su resplandor esas negras manchas de otros tiempos. Bolívar, Sucre, Colombia, son hoy astros refulgentes en el cielo de la América republicana.

¡Noble Quito! tú le debes al segundo capitán de la guerra magna, á más del don precioso de la libertad, otro, que nación alguna puede disputarte.—Entre tus bellas hijas buscó su digna compañera, para el dulce reposo del hogar. En tu seno quiso formar el albergue de su corazón, soñando en una existencia tranquila, á la sombra de un dosel de laureles.

Cayó cuando en la tierna intimidad de la familia pensaba hallar deliciosas compensaciones á la borrascosa vida de los combates. Regresaba á tu hospitalario recinto, delirando en tí, en su esposa, en el primer fruto de su amor, cuando las balas le desgarraron el heroico pecho.

Con toda la vehemencia de mi entusiasmo patriótico, aplaudo, magnánima Quito, la solemne apoteosis con que premias al excelso adalid que, después de haberte libertado, te adoptó por madre.....

Compatriotas! en nombre de la República entrego la estatua del inmortal vencedor de Pichincha á la veneración de la posteridad.....



DISCURSO

*del Sr. Dr. D. José María Bustamante,
Presidente del I. Concejo Municipal de Quito.*

Señores:

Tengo para mí, que una de las prendas más recomendables en el hombre es la *gratitud*, porque ella revela grandeza de alma, nobleza de sentimientos, generosidad de corazón. Y lo que digo del individuo en particular, se puede también decir de los pueblos. Pueblo que agradece las favores recibidos, que respeta hasta la memoria de los que le han hecho el bien, merece llamarse pueblo grande, pueblo noble, pueblo generoso.

Esto pasa precisamente con mi amada Patria, que aunque niña todavía, y á pesar de no haber llegado al pleno goce de los beneficios que le preparó la independencia, bendice á sus libertadores, y sabe dar elocuentes pruebas de su gratitud para con ellos. Una de estas pruebas es, Señores, la que en este momento nos tiene congregados aquí, rebosando de entusiasmo y alegría, y como disputándonos, por decirlo así, la alta honra de manifestar nuestro reconocimiento hacia uno de los más preclaros y simpáticos autores de nuestra libertad; el INMORTAL ANTONIO JOSÉ DE SUCRE.

Sabéis muy bien que en el infausto 4 de Junio de 1830 un atroz y oscuro crimen, cuyo recuerdo nos estremece y llena de indignación, cortó la preciada existencia de este Héroe; y

aun cuando desde entonces los hijos del Pichincha creyeron justo y debido perpetuar su memoria por medio de un monumento que fuese digno de él, los acontecimientos políticos que vinieron sucediéndose, y varias otras circunstancias, que no estimo del caso indicarlas, obstaron á que se pusiese por obra aquel pensamiento. Mas en 1874 tratóse de un modo serio del asunto, y el Concejo Municipal de este Cantón celebró un contrato con el hábil escultor español, D. José González Jiménez, que residía en esta ciudad, para que trabajara una estatua del Gran Mariscal de Ayacucho, conforme al modelo hecho por el mismo escultor; contrato que fracasó después de algún tiempo, ya por no encontrarse aquí un material adecuado al objeto, ya por otros inconvenientes que se presentaron, y no sin haberse hecho gastos de consideración. Algunas otras tentativas se hicieron posteriormente, las que tampoco dieron ningún resultado. Por fin, en 1887, el Concejo tuvo el acierto de dirigirse al Sr. D. Clemente Ballén, Cónsul General del Ecuador en París, encargándole mandara trabajar allá la estatua; y aceptada que fué por dicho Señor la comisión, se le remitieron, poco á poco, los fondos necesarios, y se le envió también el respectivo diseño, trabajado por el inteligente Ingeniero nacional D. José Gualberto Pérez, así como los demás datos conducentes á la ejecución de aquella.

Demasiado largo sería relacionaros las causas que motivaron el retardo en la construcción de la estatua y en su llegada á esta Capital, no obstante los deseos del Concejo, la valiosa cooperación del Supremo Gobierno y de varias personas particulares, que han contribuído de

diversas maneras, y los infatigables esfuerzos del Sr. Ballén, quien merece le tributemos en público un solemne voto de aplauso y agradecimiento, por la eficacia y patriótico entusiasmo con que se ha dignado cumplir su cometido. Por lo demás, debéis saber que el Concejo no ha economizado gasto alguno para que la estatua sea de lo mejor, como lo es realmente, según la opinión de personas entendidas en la materia, aun de la misma Europa; y que ella ha sido trabajada por el muy reputado estatuario francés Monsieur Falguiere. Si algo difiere del diseño formado por el Sr. Pérez, proviene de haberlo estimado así conveniente aquel artista, por razones que no las conocemos, ni está á nuestros alcances apreciarlas.

Me disimularéis esta ligera narración, porque el carácter con que os dirijo la palabra, de representante de la Municipalidad, parece que me exigía el hacérsela.

El patriotismo, como que es una especie de religión, practica también su culto externo, el cual consiste en erigir monumentos conmemorativos de los hombres que, por sus luces, por sus hazañas ó por sus virtudes, supieron distinguirse de los demás; pudiendo decirse que esos monumentos son los altares donde se ofrecen constantemente la admiración y gratitud de los pueblos.

Cierto que alguna vez el extravío de la razón ó un patriotismo exagerado ó mal entendido ha hecho que se levante estatuas á quienes no las merecían, y aun al vicio y al crimen; pero semejantes abusos no menoscaban en nada la justa valía de las que tienen por objeto honrar al verdadero mérito. Así, por ejemplo, la que inauguramos hoy, simbolizará en todo

tiempo y ante todas las generaciones un acto de rigurosa justicia y la inmarcesible gloria del Vencedor en Pichincha.

Por otra parte; el fin con que se eleva estatuas, no es sólo el de honrar la memoria de los personajes que representan, como equivocadamente creen algunos, sino, además, el de estimular á los que les sucedan. De aquí es que una estatua puede considerarse como un libro abierto á la humanidad entera, donde se encuentra magníficas y sabias enseñanzas, ó como una fuente purísima, de la que se derraman abundantes raudales destinados á fecundar las inteligencias y purificar los corazones. Y si no, decidme ¿quién de vosotros, al contemplar esta hermosa figura que tenemos á la vista, no siente bullir en su pecho aspiraciones nobilísimas, sentimientos levantados, amor á lo grande y á lo bueno, recordando lo que fué SUCRE y lo que le debemos?

No quiero referir, Señores, las singulares dotes de ese hombre privilegiado, si me es permitida esta expresión, ni tampoco sus imponderables servicios prestados á la grandiosa causa de la emancipación Sud-americana; ya que nada de esto lo ignoráis, ni cuento con el tiempo necesario para ello; lo que sí no puedo dejar de recordaros es su modestia, virtud que la poseyó en alto grado y que no se debilitó jamás en él, aun en medio de los honores y las lisonjas, tan ocasionados al envanecimiento y al orgullo; pues entre la modestia de Sucre y lo que se ha hecho y se hace para honrar su memoria, encuentro uno como contraste bellísimo, que da más lustre á sus hazañas y virtudes.

Ochenta y tres años ha que resonó en

este lugar el primer anuncio de nuestra redención política, y hoy levantamos aquí mismo la estatua del egregio y denodado campeón que logró coronar la obra. Por lo que, en lo porvenir, el 10 de agosto será una fecha doblemente grata y memorable para nosotros.

Saludemos, pues, reverentes, imagen tan querida; conservémosla como un rico tesoro; depongamos ante ella los resentimientos y los odios de partido; y protestemos solemnemente que, de hoy en adelante, para los ecuatorianos no habrá otro anhelo ni otro móvil que la paz y la ventura de la patria. Si así no lo hacemos, ó si quebrantamos nuestras promesas, resultará que no hemos colocado esta estatua sino para ultrajarla, ó para que sirva de testigo mudo de nuestras faltas; y entonces, mejor sería que un rayo la consumiese ó que el sacudimiento de nuestros formidables volcanes la desplomase y echase por tierra. Pero nó, hasta la misma actitud en que se halla representado el Héroe, señalando con su diestra el campo de Pichincha, donde á costa de sus esfuerzos y sacrificios plantó el lozano y vivificante árbol de la libertad, contribuirá poderosamente para que procuremos no desmentir nunca que somos dignos de conservarla en nuestro suelo.

La estatua de Bolívar en las márgenes del pintoresco Guayas, y la de Sucre en las faldas del majestuoso Pichincha, serán, á no dudarlo, dos grandes centinelas de nuestras libertades patrias, y una de las más valiosas preseas de los ecuatorianos.

Preciso es concluir ya; pero faltaría á mi deber si antes no rindiera, como rindo, á nombre del I. Concejo Cantonal, cumplidos agradecimientos á todos los que se han dignado con-

currir á solemnizar la actual fiesta; y muy especialmente á los Altos Funcionarios del Estado, á los Reverendos Prelados Eclesiásticos, al H. Cuerpo Diplomático y Consular, á los señores Comisionados del H. Congreso Nacional, Distritos, Provincias y Cantones de la República y á las Colonias extranjeras; pues su sola concurrencia es la primera y mejor corona que el pueblo de Quito y la Nación toda pueden ofrecer en esta solemne ocasión al Héroe inmaculado, al ciudadano modelo, al verdadero Padre de la Patria; y para decirlo de una vez, al INIMITABLE SUCRE.

He concluído.

DISCURSO

*pronunciado por el Sr. Dr. D. Antonio Flores
el día de la Inauguración de la estatua Sucre.*

CONCIUDADANOS: Vuelto á la vida privada, de la que nunca debía sacarme mi insuficiencia, y en vísperas de ausentarme de la Patria quizá por años, quizá para siempre, no pensaba molestar vuestra atención, y menos en el actual quebranto de salud y fuerzas.—Pero éste no ha sido parte para que los señores Delegados de las Provincias, de los Distritos y Cantones, me exoneraran de la alta cuanto inmerecida honra que me dispensaron hace dos días, de representarlos en la solemnidad de hoy, (como represento también á la valerosa y fiel guar-

nición del Guayas) y de hablar á nombre de ellos.—Sirvan, pues, ambas circunstancias de excusa para estas cuasi improvisadas palabras, y de título para reclamar vuestra indulgencia.

Señores:

DESPUES DE BOLÍVAR—SUCRE.

Así en la Historia, así también en el reconocimiento nacional. El tributó su homenaje á Bolívar el 24 de Julio de 89 en Guayaquil: tribútalo ahora á Sucre.

Apenas seis días há, festejó el puerto de Palos el 4º siglo de las pequeñas carabelas adquiridas con el producto del cofrecillo de alhajas que los viajeros hemos podido tener en la mano, de esas carabelas que cruzando atrevidas la inmensidad de los mares, dieron la inmensidad de un mundo á la Civilización y al Cristianismo.—Pero la Civilización y el Cristianismo requieren la autonomía de las Naciones, y su libertad en la ley de Cristo. Por eso Bolívar y Sucre completaron la obra de Colón, y al rendir homenaje á los grandes americanos, lo rendimos también al Gran genovés. ¿Qué digo? Le rendimos igualmente á Dios que los inspiró y los hizo lanzarse audaces al través de lo desconocido en busca de un mundo nuevo, físico el uno, político los otros dos—para recibir igual galardón: en vida cadenas ó plomo; y después, tardía apoteósis..... Así la Iglesia Católica conmemora el centenario de Colón á la par que las fiestas de nuestra Independencia.

Es, por tanto, error é injusticia creer que se ofende á España con honrar á los que nos

dieron Patria. Las naciones del Nuevo Mundo celebran su emancipación como lo hacen con su mayor edad los buenos hijos, sin mengua del amor filial; y la Metrópoli, siempre Madre, se asocia gustosa á nuestras fiestas de familia. Inglaterra envió á sus naves á celebrar el centenario de Yorktown en los Estados Unidos, y España ha querido siempre que sus Representantes tomen parte en los regocijos de nuestra Independencia, cuyos Próceres que han visitado Madrid, han recibido allí altas distinciones y acogida fraternal. Y, en efecto, como á hermanos dijo que nos amaba un Jefe del Gabinete español, el malogrado General Prim, en un discurso conmovedor pronunciado poco antes de su trágica muerte.

Nuestra lucha por el gobierno propio puede reputarse civil contienda. En todas las actas de la Independencia se invocaba el nombre de Fernando VII contra el usurpador José Bonaparte: más americanos hubo talvez entre las tropas realistas derrotadas en Pichincha y Ayacucho que en las filas independientes, y después de vencida la causa del Rey, apellidáronla nuevamente los montañeses de Pasto, y siguieron ardiendo allí el fanatismo por él y la guerra. Podemos, pues, sin temor de que la generosa España se crea por ella ofendida, manifestar nuestra gratitud á Sucre, con esta primera estatua levantada en Quito. Y creo no equivocarme al añadir que, es también la primera estatua que se erige al Vencedor de Pichincha y Ayacucho en las tres Repúblicas del Sur que deben su existencia á esas batallas. Acto tanto más meritorio para nuestra Capital cuanto que siendo la menos accesible á la costa, causa legítima para retardar el cumplimien-

to de este deber hubiera sido la duda de si podría ser trasportada á hombro la figura de bronce del héroe hasta el pie de esta cumbre iluminada por su gloria y á donde él mismo no alcanzó sino por un prodigio de genio y audacia juvenil. Confió en ellos Bolívar al darle el mando del ejército que venció en Ayacucho, y no sé qué admirar más, si la grandeza del triunfador ó la del que se privó de aquel triunfo y lo celebró con la elocuencia militar de César. Merced á esa magnanimidad, Sucre, el “hombre de la fortuna”, según lo llamó Bolívar, tuvo la de libertar á la edad de 29 años al Perú y Bolivia, como á los 27 libertara á Quito. Tiempos heroicos en que jóvenes, apenas salidos de la menor edad de entonces, entraban al Templo de la inmortalidad por la ardua senda del merecimiento y por espléndidas victorias!

Grande como es en Sucre el Vencedor de la Epopeya Magna, lo es más el vencedor de sí mismo—el que otorgó á los vencidos las condiciones más generosas que registra la Historia y perdonó á los que, ingratos y parricidas, é impíos, rompieron el brazo que había roto sus cadenas.

Unico ejemplo en los fastos del género humano, el de un hombre que á su pesar manda una Nación distante dos mil leguas de la suya, y recorre esta distancia señalando sus etapas por piedras miliarias de libertad y bienes. ¡Grandioso destino el de emancipar Naciones; pero más grandioso aún el de procurar emanciparlas de la corrupción y el vicio, enseñándoles las virtudes cristianas, no con palabras sino con obras!

En este Centenario de Colón buscan afanados los pueblos del Nuevo-Mundo á una alta

personificación del genio con quien poder compararle. Los anglo-americanos creen hallarla en aquel á quien llaman “El Primero en la guerra, El Primero en la Paz, El Primero en el corazón de sus conciudadanos”. No sé si me engañen los afectos del mío; pero en mi sentir ese hombre es Sucre. Para el libro que sobre él he resuelto, le he estudiado no sólo en los documentos publicados, sino en los inéditos, entre ellos, sus cartas íntimas de familia que poseo. Con este prolijo estudio he formado cabal concepto del héroe, de su vida y, sobre todo, de su infausta muerte, respecto á la que la verdad histórica ha sido sintetizada por el actual dignísimo Vicepresidente de Colombia D. Miguel Antonio Caro, en los términos siguientes: “El esesinato de Sucre fué secretamente fulminado desde Bogotá: de este hecho no cabe duda. La muerte de Sucre como la de Arboleda, no son por desgracia, casos únicos ni aislados en nuestro martirologio político, sino aplicaciones prácticas del sistema utilitario de eliminación, de que fué el primer ensayo el que, con mal suceso é inextinguible escándalo, se intentó contra la vida del Libertador la nefasta noche del 25 de Setiembre de 1828”.

Acaso para que nada faltara el ensalzamiento póstumo de este redentor, la Providencia quiso que ciñera también su frente la corona de espinas del Gólgota, sin exceptuar la de viles calumnias que ojalá por honor de nuestra raza se hubieran cubierto con el velo del olvido en los Anales de América.

SUCRE! Héroe legendario, guerrero emancipador de Naciones, gobernante modelo, te admiro; hombre inmaculado en el hogar doméstico, te amo; Mártir, me postro á venerarte . . .

DISCURSO

*del Excmo. Sr. Ministro de Colombia Dr. D.
Francisco de Paula Urrutia.*

Señores.

En este día memorable, aniversario de la independencia del Ecuador; en esta fecha, en que se conmemoran las glorias de la Patria, ha querido el pueblo ecuatoriano rendir un homenaje de gratitud al Héroe de Pichincha, al Caudillo afortunado que en ese campo glorioso selló la independencia de esta hermosa sección de la Gran Colombia con el poder de su inteligencia y el brillo de su espada, nunca desmentidos en nuestra magna lucha. Nada más noble, nada más digno que este testimonio de reconocimiento, que este hermoso monumento levantado por la presente generación para enseñar á la posteridad cuánto debe el Ecuador al Gran Mariscal de Ayacucho, al inmortal Sucre; ni nada más justo que el inmenso amor que este pueblo profesa á la memoria de esa figura inmaculada, de esa víctima inocente, viva y palpitante aún en el corazón de todo ecuatoriano.

Ochenta y tres años han transcurrido desde el 10 de Agosto de 1809. La inflexible mano del tiempo ha recorrido con vertiginosa celeridad el círculo que marca esa evolución periódica; pero ese movimiento que así nos aleja de los grandes acontecimientos de nuestra inde-

pendencia por un efecto retrospectivo nos acerca más y más cada día que pasa á nuestros libertadores. Ellos crecen y crecen á nuestra vista á proporción que el tiempo se desliza; y Colombia, la obra predilecta de sus manos, crece y crece como la palma del desierto ostentando su magnífico follaje á la sombra de esos Manes sagrados que guardan sus providenciales destinos.

¿A dónde iremos á parar por ese camino?, no lo sabemos; pero sí lo saben los que consumaron sus sacrificios hasta coronar la obra de nuestra redención; lo sabe el Padre de la Patria, que en su inspiración profética alcanzó á entrever en el corazón de la América un pueblo, centro de los pueblos del mundo, arrullado por los mares del uno al otro confín, grande por su extensión, bello por su espléndida naturaleza, feliz por su situación geográfica, rico por la variedad de sus producciones naturales, envidiable por la historia de sus grandes hechos, y sabe también que pasó para ese pueblo para su Gran Colombia, el período de gestación que le predijo, porque va á entrar de lleno en el desarrollo de sus grandes fuerzas vitales para no volver atrás. Lo saben asimismo los que con brazo firme y fe inquebrantable han dirigido los destinos de la Patria por el seguro sendero del orden, de la libertad y del progreso, sin preocuparse de incidentes transitorios que puedan dividirnos, síntoma apenas de virilidad que en nada afecta nuestro porvenir, puesto que estamos unidos en el sentimiento nacional y en nuestras comunes glorias.

Cuántos y cuán grandes recuerdos pudiéramos evocar en este día si recorriendo la historia de nuestra independencia volviéramos á

los gloriosos campos de Boyacá, Bomboná, Carabobo, Junín, Ayacucho y otros mil; pero contrayéndonos á Pichincha veamos allí el Angel de la victoria, el Aguila de los Andes batir sus alas sobre las formidables huestes españolas, vencerlas y dispersarlas, cual se disipan las pavorosas sombras de la noche al calor vivificante de los rayos matutinos. Veamos allí correr mezclada y á torrentes la sangre de nuestros héroes y de nuestros mártires para fecundizar nuestro suelo, y veamos también hacinados y confundidos los huesos de nuestros mayores cual monumentos de gloria levantados por los hijos de la Gran Colombia en testimonio de su eterna alianza; y ante esos sagrados despojos y ante esos imperecederos recuerdos, reiteremos esa alianza, prometiendo que si en un tiempo fuimos una sola Nación y participamos de las mismas penalidades y de las mismas glorias, en adelante seremos una sola familia unida por los más estrechos vínculos, procurando alejar todo motivo que pueda quebrantarlos.

Si el Ecuador ha satisfecho la más noble de sus aspiraciones levantando este monumento de gratitud y de sus glorias patrias, sus hermanas en la sangrienta lucha de la independencia tienen la satisfacción de acompañarle en esta solemnidad y de ofrecer también una corona al Héroe de Pichincha, al Gran Mariscal de Ayacucho.



DISCURSO

del Sr. Dr. D. Lorenzo R. Peña.

Excmo. Señor, Señores:

La prensa unida de Guayaquil, elevadísima entidad que representa en la vida de la República el más alto progreso, ha querido acudir á la cita generosa del Ilustre Ayuntamiento de la Capital, para celebrar, dignamente, la apoteósis del Héroe sin mancilla, que selló en Ayacucho la independendencia americana. Y para este noble y patriótico objeto, así como para ofrecer esta corona al magnánimo guerrero, ha llevado su benevolencia al extremo de confiar su representación, en esta augusta fiesta, al último de los soldados de esa legión de honor del periodismo nacional; pero uno de los primeros y más empeñados en propender á que la libertad de imprenta sea entre nosotros, más que gloriosa conquista y derecho sacratísimo, condición necesaria de la propia vida social; fuerza imponderable al servicio del pensamiento; unidad y desarrollo del organismo de la República.

Asiste la prensa á la inauguración del monumento erigido por la Nación ecuatoriana al vencedor de Pichincha, no para saludar la gloria del Capitán ilustre, mas antes para ofrecerle, como debido homenaje de reconocimiento, el triunfo alcanzado por ella, en medio de una sociedad largo tiempo condenada á la ominosa esclavitud del pensamiento.

La espada del guerrero compitió con la pluma del filósofo en la obra de la libertad. Mas, en esa aurora boreal de la independencia americana, brilla con apacible lumbré, mucho más hermosa que la del genio militar, el modesto y ejemplar ciudadano, el patriota eminentísimo, émulo de las virtudes cívicas de Cincinnati; el ángel de paz, vil y traidoramente sacrificado por la mano del crimen, para baldón eterno de la protervia humana. . . .

Señores: el monumento levantado al Gran Mariscal Antonio José de Sucre, era deuda sagrada de la patria. El bronce escultórico debía ya perpetuar la memoria del más abnegado de los héroes. ¡Gran pueblo el que sabe rendir tributo de admiración patriótica á los hombres superiores que lo han ilustrado con hechos gloriosos ó virtudes eximias! Mas, al pagar aquella deuda de honra y agradecimiento nacionales, hagamos un voto sincerísimo: el de eubrir de luto la gloriosa efigie del gran Libertador y sepultarnos en el abismo de nuestra propia vergüenza, el día que, por cobarde envilecimiento, hayamos abdicado las libertades públicas, con tantos sacrificios conquistadas!

HOMENAJE A SUCRE.

La aurora del 24 de mayo de 1822 despertó á la hermosa Quito, presa aun de sus conquistadores. Un puñado de valientes bajo el mando de bizarro y joven General se aprestaba en esa memorable fecha á romper la cadena

que por largos siglos oprimía á sus hermanos. El brillante astro que alumbró el campo del inmortal combate, no debía terminar su periódica carrera sin que las faldas del Pichincha teñidas con la sangre de cien héroes, demostraren al mundo americano, que Quito era libre.

La gloria escribe en el libro de los pueblos el nombre de los héroes cuando el lento curso de los tiempos ha disipado las sombras que pudieran oscurecer sus méritos. Sucre, no ha necesitado que se apoyaran las candentes pasiones de su época, para que su nombre quedara escrito en la diptica de los inmortales. Las faldas del Pichincha, las llanuras de Ayacucho, son testigos de sus heroicidades, y el gran Capitán que desde los confines de Colombia hasta los desiertos de Bolivia llevó triunfante el pendón de la Libertad, ha dejado imperecedera su memoria en el corazón de cinco Repúblicas.

La grandeza de su patriotismo se condensa en las generosas palabras con que después de su triunfo en Pichincha se dirige á Bolívar. "La división del Sur, le dice, ha dedicado sus trofeos y sus laureles al Libertador de Colombia." Esta frase nacida de un corazón verdaderamente magnánimo, nos prueban que en Sucre tenemos que admirar á más del infatigable guerrero al patriota desinteresado.

Terminada la lucha de la Independencia, el Héroe volvía á la apasible calma de la familia, cuando la mano de alevosos asesinos cortó el hilo de su preciosa existencia en la montaña de Berruecos el 4 de Junio de 1830, cuando apenas contaba 35 años. ¡Los cuidados de un leal asistente fueron los únicos que rodearon

al Venezolano ilustre que fatigó la victoria en los pocos años de su existencia!

Quito, al levantar hoy un monumento al adalid de Pichincha y Gran Mariscal de Ayacucho, paga un justo tributo de agradecimiento al que desde sus primeros hechos tiene levantado un trono en el corazón de los americanos; deja en el bronce grabada su gratitud, y hace una protesta solemne contra los victimarios.

El Concejo Cantonal y el pueblo de Guayaquil se enorgullecen en asociarse á los de Quito en este solemne día, y trasmontando con el pensamiento la cordillera Andina, confunden su gratitud con la de sus hermanas, las demás secciones de la República, ante la estatua del Héroe que nos dió Patria y Libertad.

Pedro J. Boloña.

Presidente del Concejo Cantonal de Guayaquil.

Quito, Agosto 10 de 1892.

EN LA INAUGURACION DE LA ESTATUA SUCRE.

La hermosa ciudad, que descansa en el regazo de una de las más colosales montañas del globo; que vió pasar á los Shiris y á los Incas, en tronos de oro, como los monarcas orientales; que cuenta, como la antigua Atenas, con Universidad y cátedras de Doctores, y es noble cuna de tantos varones ilustres, que forman con sus nombres una aureola brillante é inmortal sobre la frente de la reina de los An-

des; esa ciudad, representada por sus esclarecidos hijos, presencia hoy, un nuevo triunfo, una nueva gloria: la inauguración de la estatua del inmortal Antonio José de Sucre, héroe de eterno renombre, guerrero de invencible espada, cuya gloriosa fama se ha extendido á todos los ámbitos de la América Española.

Un día, el Pichincha deja oír sordas detonaciones, rojos relámpagos se suceden: ¿Es el volcán que quiere hacer nueva erupción? Nó: es un combate que se ha empeñado en las alturas; un ejército de patriotas que escala la enorme montaña, en grupos compactos. Las fuerzas contrarias, allí están: la lucha se empeña, y el volcán ruge. ¿Quién manda aquel ejército de valientes?... Sucre, el arcángel de la guerra, que lucha allí como General y como soldado; que dispone las acciones, entra en combate y da, por último, el 24 de Mayo de 1822, el espléndido espectáculo de un combate, en las alturas, donde el cóndor tiene su asiento y donde, el mismo día, hace tremolar, sobre la cima del volcán, el pabellón de la victoria, que es, al mismo tiempo, estandarte de la libertad!

Gloria, pues, á Sucre, el héroe sin mancha; el esclarecido vencedor en Pichincha, como lo fué más tarde en Ayacucho: dos combates y dos triunfos, tan grandes, que uno solo habría bastado para inmortalizar al héroe.

La ciudad de Quito, fiel intérprete del sentimiento nacional, ha levantado un monumento al vencedor en Pichincha. Y ya que no ha sido posible erigirle una estatua colosal, como su nombre, que dominara la inmensa cordillera, teniendo por digno pedestal el monte donde obtuvo su espléndido triunfo; contemplando con la mirada serena de los inmor-

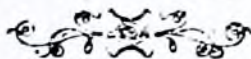
tales, los vastísimos horizontes donde se refleja su gloria; protegiendo con su flamígera espada los pueblos y naciones que le aclaman vencedor; véase su estatua en la Capital de la República, mirando al volcán, eterno monumento de su gloria, y señalando con su mano triunfadora esa cima, que, llena de los fuegos de la tierra, se encendió un día para dar libertad á una vasta extensión del Nuevo Mundo.— Allí permanecerá en medio del pueblo que glorifica su nombre, saludada y venerada por la actual y sucesivas generaciones.

En esta fecha, octogésimo tercero aniversario del primer grito de independencia, y en el momento en que esa magna fecha tiene otro título de recuerdo imperecedero: la inauguración de la estatua del Gran Mariscal de Ayacucho, vencedor en Pichincha; saludo al noble pueblo de Quito, por encargo especial de la Diputación del Guayas, y le tributo una prueba más de particular deferencia, á nombre de la ciudad que descansa á orillas del caudaloso río; la cual envía hoy la más sincera felicitación á la ciudad que se levanta, entre el grupo y en el centro de majestuosas montañas.

Aurelio Noboa.

Secretario del Concejo Cantonal de Guayaquil.

Quito, Agosto 10 de 1892.



La niña Josefina Palacios, en representación de Bolivia, dijo:

A SUCRE

“Miradle ahí. El Héroe de Pichincha
Con ademán altivo se levanta
En la ciudad egregia que hoy le canta
Himnos de triunfo y vítores sin fin.
En el bronce esculpidos los trofeos
Que el pedestal formaron de su gloria:
De Ayacucho y Pichincha la victoria
Va aclamando la fama hasta el confín.

Salud, oh Sucre! Al pronunciar tu nombre,
El libre hijo de América se exalta;
Para tu apoteosis nada falta
En el fecundo suelo ecuatorial.
Que tienes un altar en cada pecho,
Y gloria inmarcesible y gran renombre
En nuestra Patria historia, que es tu nombre
Contra vil opresión un talismán.

Diste á los pueblos de este nuevo Mundo
Ejemplo grande de virtud austera;
Y en exaltar tus hechos la primera,
Allí Bolivia está tierra feliz.
Y no olvida que fuiste quien luchando
Fundó su libertad y autonomía;
Por eso lleva una provincia, hoy día,
Tu claro nombre, intrépido adalid.

Adelante, adelante! Nada importa
Que los años sucédanse. Tu gloria
Fúlgida y pura, en nuestra Patria historia

Con brillo nuevo siempre vivirá;
Y este soberbio bronce, que trasunta
Tu forma y ademán de gran guerrero,
Será de tus proezas pregonero
Elevándolas de una en otra edad.”

La niña que representó á Colombia, dijo:

¡SUCRE!

“Hoy consangra el Ecuador
Un monumento á tu gloria,
Que levante tu memoria
A la altura de su amor.

A esta fiesta sin igual
Colombia viene también,
A colocar en tu sien
Una corona marcial.

Que muy bien dice en tu frente
La aureola del tricolor
Reflejada con primor
En tu imagen refulgente.

De hoy más la fama dirá
Lo que vale tu heroísmo;
De hoy más nuestro patriotismo
Tu nombre bendecirá.”

*Discurso pronunciado por la niña
Victoria Darquea González, en representa-
ción de Venezuela.*

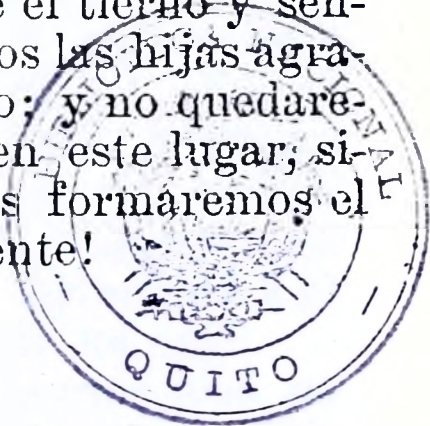
Excmo. Señor, Señores:

He aquí el grandioso día para la Patria, día en que nuestros corazones llenos de gloria, palpitan al influjo del grato y sonoro grito de libertad, que oyeron nuestros mayores.

Ved aquí, querido pueblo, coronado vuestro ardiente deseo al inaugurar la hermosa imagen del guerrero americano, del héroe vencedor en el Pichincha.

Venid conmigo, corazones nobles, y, uniendo á mi infantil y débil voz la vuestra, salud al que os dió patria y libertad.

¡Oh Padre querido, acogé el tierno y sencillo homenaje que te ofrecemos las hijas agradecidas de tu pueblo libertado; y no quedaremos contentas sólo con verte en este lugar; sino, que con nuestros corazones formaremos el pedestal donde vivas eternamente!



La niña Magdalena Martínez, hija del Sr. Guillermo Martínez, Cónsul del Perú en esta ciudad y que representaba á la Libertad, en el hermoso carro perteneciente á la muy reducida colonia de esa Nación, no pronunció discurso en el acto de la inauguración de la estatua, por no hallarse indicados en el orden en que debía efectuarse esta función, sino los discursos oficiales, concretándose á arrojar sendas coronas de laurel, tal como se había solicitado en la invitación municipal. (1)

(1) Nota tomada del "Diario Oficial," Número Extraordinario de 1892.

La niña Laura Gómez de la Torre que representó al Ecuador, dijo:

SUCRE INMORTAL.

Si tierra alguna pisaste reverente, después de iluminarla con la victoria, esta tierra hubo de ser; ésta santificada con la primera sangre del combate, con el holocausto primero á la libertad de tu Patria americana.

O si otro efecto más íntimo y secreto ganó tu predilección por el pueblo del DIEZ DE AGOSTO, fué talvez un misterioso presentimiento, con que simpatizan los seres nacidos con igual destino, nacidos para mártires.

Tú al fin le salvaste, oh héroe vengador de héroes; y si él no pudo dar su vida por tu vida, hoy incommovible ya en la posesión de sus derechos, mira por tu gloria. Extiende los brazos delante de las generaciones por venir; les entrega tu nombre ungido; y las juramenta á venerarte.

Que los rayos del sol ecuatorial destellen en esta corona, de laureles arrancados de Pichincha, mientras las miradas de Dios encuentren marca de Él en la obra suya: gratitud en el corazón de los hombres.



TELEGRAMAS DE FELICITACION

DIRIGIDOS A LA MUNICIPALIDAD DE QUITO
POR VARIAS AUTORIDADES, COMITÉS, LA PRENSA
NACIONAL Y PARTICULARES, EL DÍA DE LA INAUGURACIÓN DE LA ESTATUA DE SUCRE.

Guayaquil, 10 de Agosto de 1892.

Sr. Presidente del I. Concejo Municipal.

En este día memorable y grande me es placentero dirigir á U. desde aquí, en nombre de esta provincia y en el mío propio, un saludo patriótico al pueblo heroico de Quito, representado por su Ilustre Municipio; acompañándole entusiasta en su justo regocijo, felicitándolo por la erección del monumento dedicado á perpetuar la memoria del gran Héroe de Pichincha.

Gobernador del Guayas,

Sr. Gobernador del Guayas.

Guayaquil,

La mayor satisfacción del Pueblo de Quito está en haber oído, en el memorable día de la Patria, un solo grito de entusiasmo en todos los ámbitos de la República; grito que repercutirá, sin duda, en el corazón del Héroe de Pichincha. Loor á la valerosa provincia del Guayas que tanta parte ha tomado en el ho-

menaje rendido á Sucre; en el pedestal de cuya estatua se ostenta el mármol en que está grabada la inscripción, obsequiado por el digno Gobernador de esa Provincia.

El Presidente del Concejo.

Riobamba, 10 de Agosto de 1892.

Señor Presidente del Concejo Municipal.

A nombre de la Provincia del Chimborazo, tengo el honor de saludar á la Ilustre Ciudad de Quito por esta gran fecha y por la inauguración de la estatua del vencedor de Pichincha.

El Gobernador interino,

Manuel Lizaraburu.

Sr. Gobernador del Chimborazo

Riobamba.

El coloso confidente secreto del sublime delirio del Libertador de un mundo, se ha asociado en este día al soberbio Pichincha, pedestal de la gloria del más grande de los Tenientes del Libertador, para celebrar la apoteosis del inmortal Sucre. Pichincha y Chimborazo, unidos eternamente en un solo corazón, contemplen absortos la gloria sin mancha del más generoso de nuestros héroes.

El Presidente del Concejo.

Babahoyo, 10 de Agosto de 1892.

Concejo Municipal.

En el gran día de la patria, la Provincia de los Ríos y Gobernador, saludan al Ayuntamiento de Quito y le felicitan porque hoy quedan satisfechas sus aspiraciones, levantando una estatua al héroe de Pichincha.

Gobernador.

Sr. Gobernador de la provincia de los Ríos.

Babahoyo.

La Municipalidad de Quito se complace en agradecer la amistosa salutación de esa culta Provincia, dignamente regida por US. ¡Que el sacrificio del mártir de Berruecos, cuya apotheosis celebramos hoy, no sea estéril para nuestra incipiente República!

El Presidente Municipal.

Tulcán, 10 de Agosto de 1892.

Sr. Presidente del I. Concejo Municipal.

Gobernador, Comandante de Armas, y más empleados y todos los hijos del Carchi, felicitan al hacendoso y noble Quito por aniversario del gran día de la epopeya americana.

Tulcán ha celebrado con mucho entusiasmo.
¡Viva el 10 de Agosto de 1809!

Gobernador.

A los Señores Gobernador, Comandante
de Armas de Tulcán.

Retorno el entusiasta saludo del Señor Go-
bernador, del Señor Comandante General de
Armas y de todos los valerosos hijos de esa al-
tiva provincia.

El Presidente del Concejo.

Azogues, 10 de Agosto de 1892.

Señor Presidente del I. Concejo del Can-
tón de Quito.

El Gobernador de Cañar acompaña al no-
ble Pueblo Quiteño y á su ilustre Ayuntamien-
to en el patriótico regocijo con que en esta me-
morable fecha ofrendan honores y gratitudes á
la memoria del insigne republicano que nos le-
gó patria y libertad.

Gobernador.

Sr. Gobernador del Cañar.

La mayor honra del Pueblo Quiteño, en es-
te día, consiste en haber sido acompañado en el

Himno triunfal elevado al Héroe de Pichincha por todos sus nobles hermanos.

Gloríese esa simpática provincia de la parte que ha tomado en la fiesta.

El Presidente del Concejo.

Cuenca, 10 de Agosto de 1892.

Sr. Presidente de la I. Municipalidad.

A nombre del Pueblo Cuencano saludo al de Quito en el gran día de la patria.

Gobernador.

Sr. Gobernador del Azuay.

Cuenca.

A nombre del Pueblo de Quito, retorno su patriótico saludo.

El Presidente del Concejo.

Ibarra, 10 de Agosto de 1892.

Señor Presidente del Ilustre Concejo.

A nombre del pueblo Imbabureño y al mío propio, saludo á U., á la Ilustre Corporación á quien representa y al noble Pueblo de Quito, en este día glorioso, en que la estatua

de Sucre se alza al par que el pabellón libre de la República.

Gobernador.—*Maavio Tinajero.*

Sr. Gobernador de Imbabura.

Ibarra.

El Pueblo de Quito agradece sinceramente el entusiasta saludo de la valerosa provincia de Imbabura, tan digna de gozar de las libertades que sus hijos saben sostener.

El Presidente Municipal.

Guayaquil, 10 de Agosto de 1892.

Sr. Presidente del Concejo Municipal.

La Corte Superior de Guayaquil saluda al Concejo Municipal de Quito, en el 83 aniversario del primer grito de la independencia, y lo felicita por la inauguración del monumento levantado al Héroe de Pichincha y Ayacucho.

Presidente.

Sr. Presidente de la Corte Superior de Guayaquil.

Este Concejo agradece de corazón el voto de aplauso tributado por la Corte Superior del

Guayas, por el acto de estricta justicia que ha ejecutado Quito, erigiendo un monumento al Héroe de Pichincha.

El Presidente del Concejo.

Guayaquil, 10 de Agosto de 1892.

Sr. Presidente del I. Concejo Cantonal.

Como hijo de la heroica 9 de Octubre de 1820, saludo en este glorioso día á la perínclita 10 de Agosto de 1809, cuyos ambos esfuerzos cimentaron los derechos del hombre, desterrando el poder absoluto. ¡Gloria á la ilustre Quito, llama que inflamó la libertad en el mundo americano!

Intendente de Policía.

Sr. Intendente General de Guayaquil.

El Pueblo de Quito recibe agradecido el entusiasta saludo del encargado de sostener el orden, base de la libertad que nos legara el Héroe de Pichincha, en la noble ciudad del 9 de Octubre.

El Presidente del Concejo.

Cuenca, 10 de Agosto de 1892.

Sr. Presidente de la Municipalidad.

Comandancia General del distrito felicita

á la Muy I. Corporación en que preside US.
en el más espléndido aniversario que puede ce-
lebrar nuestra República.

Comandante General.

Sr. Comandante General.

Cuenca.

En la apoteosis del Héroe que supo asegu-
rar nuestra libertad, muy justo que resuene la
voz de los llamados á sostenerla. Esta Muni-
cipalidad estima altamente su patriótica felici-
tación.

El Presidente del Concejo.

Guayaquil, 10 de Agosto de 1892.

Sr. Presidente del I. Concejo Cantonal.

Reciba el pueblo de los mártires del 10 de
Agosto, por el digno órgano de U., el más en-
tusiasta saludo, en el clásico día del aniversa-
rio del primer grito de independendencia que oyó
el continente de Colón.

A nombre del Municipio guayaquileño os
felicitó también porque habéis erigido la es-
tatuá del inmortal Sucre que selló en Pichin-
cha nuestra emancipación.

El Presidente del Concejo Municipal.

Sr. Presidente del Concejo Cantonal de Guayaquil.

La mayor gloria del Pueblo del 10 de Agosto, consistirá en que la posteridad le contemple, estrechamente unido con sus hermanos, entre los cuales descuella el valeroso pueblo del 9 de Octubre, honrando la santa memoria de los autores de su vida independiente.

El Presidente del Concejo.

Ambato, 10 de Agosto de 1892.

Señor Presidente Municipalidad.

Concejo Municipal que presido, tiene honra asociarse al ilustre Ayuntamiento de Quito, para nuestra historia, como la inauguración de la estatua del más simpático de los héroes, del inmortal vencedor en Pichincha y Ayacucho. ¡Loor eterno á la honorable Municipalidad de Quito!

Juan B. Vela.

Sr. Presidente del Concejo Municipal de Ambato.

Esta Municipalidad no hace sino repetir, en el corazón de la República, el gigante hosanna levantado por todo el Ecuador en honra del más simpático de los héroes.

Loor eterno á Sucre inmortal y á quienes saben glorificarlo.

El Presidente Municipal.

Ibarra, 10 de Agosto de 1892.

Señor Presidente del Ilustre Concejo.

Concejo de Ibarra felicita y aplaude al de Quito por inauguración de la estatua del gran Mariscal de Ayacucho.

Presidente.

Sr. Presidente del Concejo Municipal de Ibarra.

El Concejo Municipal de Quito agradece cordialmente la patriótica felicitación de ese Ilustre Concejo.

El Presidente del Concejo.

Azogues, 10 de Agosto de 1892.

Señor Presidente del I. Concejo Municipal

La Municipalidad de Azogues felicita con toda efusión á la de Quito, por el glorioso aniversario de hoy, que debe ser fiesta continental. Luz de América fué llamada la ilustre ciudad del Pichincha por el inmortal 10 de Agosto de 1809 y, el mundo de Colón, debe conmemorar perpetuamente ese heroico grito de libertad.

El Presidente.

Sr. Presidente del Consejo Cantonal de Azogues.

Mil agradecimientos á esa I. Municipalidad por su efusiva salutación. Que la fiesta que celebramos hoy, sea digno homenaje al Héroe de Pichincha.

El Presidente Municipal.

Latacunga, 10 de Agosto de 1892.

Señor Presidente del Ilustre Concejo Municipal.

Este Ilustre Municipio saluda al de la gloriosa Quito y lo felicita por la solemne inauguración de la estatua del Héroe del Pichincha.

Presidente del Concejo.

Sr. Presidente del Concejo Municipal de Latacunga.

La Municipalidad de Quito agradece á la de Latacunga por su felicitación, y la felicita, á su vez, por haberse hecho representar tan dignamente, en la fiesta de la apoteosis de Sucre.

El Presidente del Concejo.

Daule, 10 de Agosto de 1892.

Señor Presidente del I. C. Municipal.

Ayuntamiento de Daule saluda al de Quito en esta grandiosa fecha que doblemente la celebra con la inauguración de la estatua del vencedor del Pichincha, vencedor en la campaña que se haya dado á la mayor altura en el mundo.

Presidente I. C.

Sr. Presidente del Concejo Cantonal de Daule.

La Municipalidad de Quito agradece y retorna el patriótico saludo de ese I. Ayuntamiento.

El Presidente Municipal.

Alausí, 10 de Agosto de 1892.

Sr. Presidente Municipal.

Felicito al Ayuntamiento, á nombre del que presido, por haber coronado obra, inaugurando estatua inmortal Sucre, día magno independencia.

Presidente Municipal.

Sr. Presidente del Concejo Municipal de Alausí.

Mil agradecimientos por su entusiasta felicitación. ¡Que la inauguración de la estatua del Héroe de la libertad cimentada en Pichincha, sea garantía de que siempre sabremos sostenerla!

El Presidente.

Guayaquil, 10 Agosto de 1892.

Sr. Presidente del I. Concejo.

“El Comité Olmedo” saluda al I. Concejo Cantonal de Quito en el aniversario del gran día en que los patriotas quiteños dieron el primer grito de independencia. Lo felicita á la vez por ser hoy mismo la inauguración en esa Capital de la estatua del gran mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, tan acreedor á ese homenaje de gratitud, por los importantes servicios, que con su valor y genio militar prestó al Ecuador en la guerra magna de su emancipación política.

El Presidente del Comité, *Pedro Carbo*

Sr. Presidente del Comité Olmedo de Guayaquil.

La Municipalidad Quito retorna agradecida el patriótico saludo del “Comité Olmedo.” En

el concierto formado por la gratitud de toda una nación en honra del brazo derecho del Libertador, resonará armoniosa la voz del Comité destinado á honrar la memoria del excelso cantor de la Epopeya Americana.

El Presidente de Concejo.

Guayaquil 10 de Agosto de 1892.

Señor Presidente Municipal:

El Comité Universitario Colón saluda entusiasta al pueblo de Quito en el día de su mayor gloria.

El Presidente, *César D. Villavicencio.*

Sr. Presidente del Comité Universitario Colón.

Guayaquil.

El Pueblo de Quito se gloria de vivir en el corazón generoso de la juventud ilustrada, germen de las glorias de la Patria.

El Presidente Municipal.

Guayaquil, 10 de Agosto de 1892.

Señor Presidente Municipal:

La redacción de "El Tiempo" tiene la satisfacción de saludar en este día al heroico pueblo de Quito.

José de la Pierre.

Sr. Redactor de "El Tiempo"

Guayaquil

A nombre del Pueblo de Quito, tengo á honra retornar el patriótico saludo del ilustrado Redactor de "El Tiempo."

El Presidente Municipal.

Guayaquil, 10 de Agosto de 1892.

Señor Presidente Municipalidad.

"Los Andes" saluda al Ilustre Ayuntamiento y pueblo de Quito, en el aniversario de su heroico grito de independendencia, y en este día en que ha logrado interpretar extraordinariamente la gratitud nacional, vaciada en e-bronce, que perpetúa la memoria excelsa del héroe de Pichincha.

José J. González, Rafael M. Mata.

SS. RR. de "Los Andes."

Guayaquil.

El homenaje más digno de Sucre es la gratitud de sus hijos, símbolo de la cual es la estatua inaugurada hoy día. El Pueblo de Quito estima en mucho la voz de aliento de quienes deben ser representantes de los sentimientos de la sociedad en que habitan.

El Presidente Municipal.

Guayaquil, 10 de Agosto de 1892.

Municipalidad de Quito.

Nuestro cordial parabién por el gran día de la patria y por la erección de la estatua del insigne Mariscal de Ayacucho. El pueblo que sabe celebrar tan dignamente el aniversario de su independencia, merece figurar en el rol de los más ilustres que recuerda la historia.

"Diario de Avisos."

Sr. Redactor del "Diario de Avisos."

Guayaquil.

La gloria tributada á Sucre en este gran día de la Patria, refluirá en pro de la República entera, cuyos voceros deben ser los representantes de la prensa, centinelas de la libertad.

El Presidente Municipal.

Guayaquil 9 de Agosto de 1892.

Señor Presidente Municipal:

Señor:

Felicito con toda la efusión de mi alma al pueblo quiteño y á su digna Municipalidad, por el aniversario del primer grito de la libertad en la América latina, y por la inauguración de la estatua del perínclito Sucre, honra y gloria del nuevo mundo.

Francisco Fernández Madrid.

Señor D. Francisco Fernández Madrid.

Guayaquil.

A nombre de esta Municipalidad, representante del pueblo quiteño, agradezco á U. sinceramente por su patriótica felicitación. Ninguna honra mayor para Sucre, que el culto de los buenos ciudadanos.

El Presidente Municipal.

Guayaquil 10 de Agosto de 1892.

Sr. Presidente del I. Concejo Municipal.

Virtud, carácter, patriotismo, alteza de miras, cualidades prominentes fueron de Sucre el inmortal.

Quienes imiten perseverantemente á este ínclito guerrero y estadista sabio; pero sin olvidar á Bolívar, salvarán nuestra patria.

¡Loor á Quito que honra debidamente la memoria del Abel americano! ¡Gloria eterna á Bolívar y al Gran Mariscal de Ayacucho!

Rafael E. Jaramillo.

Sr. D. Rafael E. Jaramillo.

Guayaquil.

Carrera de astro de gran magnitud fué la de Sucre inmortal. Siquiera sea de lejos, tratemos de seguir sus huellas, inebriados en su gloria. ¡Loor á los buenos ciudadanos que honran debidamente la memoria del Héroe sin manchilla!

El Presidente Municipal.

Yaguachi, 11 de Agosto de 1892.

Señor Presidente del M. I. Concejo.

Por su conducto, que dignamente preside esa respetable Corporación, es grato para mí, felicitar á U. por el fausto triunfo obtenido, en la inauguración de la colosal estatua de nuestro inolvidable gran Mariscal Sucre, en esa Capital, ayer 10 de Agosto, fecha que todo ecuatoriano debe recordar con veneración y respeto, fecha magna de nuestra libertad que los próceres supieron ser mártires para darnos independencia.

A esa agrupación entusiasta del Ayuntamiento, que ha sabido interpretar los sentimientos de sus conciudadanos, merecen sus dignos miembros saludarles como hago hoy lleno de gozo en mi humilde corazón porque han llenado su cometido con la cooperación de varios compatriotas y la del Supremo Gobierno para llegar á su término.

Su atento S. S.

Félix Constante R.

Sr. Félix Constatante R.

Yaguachi.

El triunfo obtenido por la Municipalidad de Quito en este día, consiste en la voz de aliento que le han dirigido los ciudadanos de toda la República.

Reciba U. los votos de nuestra más sincera gratitud.

Mocha, 11 de Agosto de 1892.

A la I. Municipalidad de Quito.

Aprovechando del Telégrafo, cuya inauguración ha sido hoy, el pueblo de Mocha saluda y felicita á esa I. Corporación por el aniversario é inauguración de la estatua del gran Mariscal Sucre.

El Teniente Político, *Aparicio Valle.*

Sr. Teniente Político de la parroquia de Mocha.

La electricidad que facilita hoy nuestra comunicación, sea el medio de intimar más y más nuestras mutuas relaciones.

La Municipalidad de Quito, retorna el saludo del pueblo de Mocha y lo felicita por la inauguración del telégrafo.

El Presidente Municipal.

San Miguel, 10 de Agosto de 1892.

A la Muy Ilustre Municipalidad de Quito.

Señor.

Los habitantes del pueblo de Sanmiguel, tienen el honor de saludar á esa digna Corporación, por conducto del telégrafo, colocada oficina hoy 10 de Agosto, y á la vez felicitar tan memorable fecha é inauguración estatua Mariscal Sucre.

Sr. Jefe Político de la Parroquia de San Miguel.

La Municipalidad de Quito corresponde agradecida al entusiasta saludo de ese patriota pueblo, al que felicita, á su vez, por la inauguración del telégrafo.

El Presidente Municipal.

POESIA

del Sr. Dr. D. Angel P. Chaves.

Sintiendo la altivez de noble estirpe
Los hijos de los Andes se indignaron;
¡No más esclavitud! bravos dijeron,
Y en pos de libertad raudos partieron.

Le cercan al Monarca sus cachorros,
Le embisten con valor; su furia aterra;
Luchan, y oyendo su feroz rugido,
De admiración y horror tiembla la tierra;
Y el León invencible,
Rota al sentir su secular pujanza,
Pasmado ruge y tiembla de venganza;
Muerde, rasga, destroza,
Casi ahogado entre miembros palpitantes.
En su obra sigue y goza,
Mientras de sus contrarios jadeantes,
Aún la esperanza flota
Cadáver en el charco
De la última derrota.

Mas, chupando la sangre de su herida,
Se robustece el Cóndor,
Y en la montaña egregia de los Schiris
Alas bate divinas,
Desatando terribles tempestades:
El Poder español convierte en ruinas,
Y de sus ruinas hace libertades!

¿Es ilusión? U hoy día
Del mismo monte en la risueña planta
El Héroe de esos tiempos se levanta?

Sí, que quienes ayer avergonzados,
Ni levantar pudieron la cabeza
De entre el inmundo fango,
Hoy, que el sol de la paz á orear empieza
El campo fratricida,
Entonan himnos mil alborozados
Al Héroe sin mancilla,
Al hermano del Cid, Riego y Padilla,
Para que no haya lengua
Que diga, por castigo de la Historia,
Del Ecuador en mengua,
Que, do brilló la gloria,
Sólo hay del viento el lúgubre gemido,
Y, que entre grama vil, crece el olvido.

Y si es humilde ofrenda,
En gratitud es rica,
Y es inmenso el amor que la dedica;
Y solo por amor, que si por gloria,
Sucre la tiene inmensa, soberana,
Teniendo en el Pichincha su peana,
Que es monumento colosal, que advierte,
Que allí la gloria sojuzgó á la muerte!

¿Y es el Héroe inmortal? En donde habita?
Del templo de las leyes
Al asilo de amor se encaminaba,.....
Cuando rugió la selva que es maldita;
Y al contemplar que Sucre tambaleaba
Y al mirarle caer, ya moribunda
Colombia abrió los brazos
Resbalóse en su sangre,
Y en el polvo rodó, vuelta pedazos!!!
Pues siempre en lucha impía
Al inocente y justo, el fementido
Tenaz ha combatido;
A la virtud, la negra hipocresía,

El déspota, el esbirro, la anarquía:
Que hoy, como ayer, los malos ciudadanos. ...
Mas, silencio: después de la victoria,
O en los días de gloria
Enemigos no hay, sólo hay hermanos!

Y los que odiáis al hombre que sostiene
El orden y las leyes con su vida,
Ved ese monumento
Que la Patria levanta agradecida
Al Héroe y al patriota inmaculado,
Y mirad bien—ese hombre fué soldado!”

DISCURSO

*pronunciado por el Sr. General D. José
María Sarasti.*

I

“Nobílsimo y valeroso pueblo de Pichincha:

En presencia de la imagen veneranda del héroe legendario de la independencia americana, es natural que nuestros pechos se enardecieran con el fuego sagrado del republicanismo.

Y que sintamos el corazón henchido de entusiasmo, multiplicando sus latidos con los recuerdos de las glorias de la Patria, que este noble pueblo de héroes y de mártires consagra hoy al Genio de la libertad, de la independencia y de la filantropía.

!!! Qué coincidencia, Señores!!!

El sol del 10 de agosto de 1892 viene á iluminar la solemne apoteosis del héroe vencedor en Pichincha!

.....
Ese mismo sol, que el 10 de Agosto de quemaba la frente levantada de los va fuertes fundadores de la independencia, radiante hoy sobre las faldas de esa montaña gigantesca, baña con sus rayos de fuego la faz del invicto Adalid de los campos de Ayacucho.

¡Ese mismo sol, Señores, que el 2 de Agosto de 1810, alumbró melancólico y sombrío los cadáveres ensangrentados de nuestros mártires, nos muestra en este momento su disco esplendoroso, para irradiar con suavísima y brillante lumbre la majestuosa faz de Sucre—armipotente y vengador de tantos y tan inauditos crímenes perpetrados en nombre de la religión y del trono.

¡Qué coincidencia, Señores!

Aprovechemos de ella para ofrecer nuestro óbolo de patriotismo, tanto á la memoria veneranda de nuestros antepasados, cuanto á la gloriosa fiesta de la inauguración de este monumento, erigido por la gratitud republicana de este Municipio, para perpetuar la memoria del Gran Batallador—Genio sublime de Pichincha y Ayacucho!.....

II

Las reminiscencias tradicionales del 10 de Agosto son los gratísimos recuerdos de los heroicos esfuerzos de nuestros antepasados campeones; y de esa pasmosa lucha del espíritu y de la idea, contra la fuerza bruta y contra

omnipotencia proverbial de los sanguinarios representantes de la corona de España. (1)

La tradición palpitante de la independencia de las colonias inglesas, protegidas por la misma España, y las luminosas y halagadoras ideas de libertad, que lenta y silenciosamente se venían difundiendo por los ilustres Espejo, Nariño y Zea, condensábanse de una manera insensible en el corazón y en el cerebro de esos varones ilustres, que, más tarde, fueron la base firme sobre que se levantó el inmenso edificio de la civilización del Nuevo Mundo.

El cataclismo de ideas y de grandes acontecimientos operado por la Francia en su estupefaciente revolución del 89, y la solemne proclamación de los derechos del hombre, dejóse oír también en América, cual mágica voz que atravesaba los mares en misterioso silencio!.....

.....Y prendióse la chispa vivificadora, y estalló el incendio, y propagóse de pueblo en pueblo por el continente americano!.....

.....Y en esta Capital—cuna preciosa de los patricios de 1809—oyóse el grito armonioso y consolador, á la par que terrible, de independencia y libertad.

Eco armonioso y consolador para el pueblo que gemía! Terrible para los sicarios que le atormentaban y que veían próximo el día fatal de la expiación justiciera!.....

(1) Cuando hablamos de los representantes del Gobierno español, nos referimos naturalmente á los Vireyes, Capitanes Generales y demás tiranuelos, de cuyas iniquidades nos quejamos. Nuestros cargos no van directamente contra los Reyes de España, que no tuvieron más pecado que no escuchar atentamente los sabios concejos del Conde Aranda. Por lo demás, la madre patria ha merecido siempre nuestras cordiales simpatías y hoy la respetamos y la amamos, mirando en ella el origen de nuestras costumbres, religión, lengua, raza y nobleza castellana. Nuestras relaciones de amistad y afecto se cultivan con esmero y buscamos siempre la ocasión de honrar los recuerdos de la patria de Pelayo.

El desorden y la anarquía entre los patriotas; la debilidad y la vacilación en sus operaciones; la deslealtad de unos, la traición de otros, y, más que todo, ese espíritu de contemporización é inútil condescendencia con los enemigos, echó por tierra la magna obra de la independencia proclamada el 10 de Agosto.

Esa lucha estéril de 50 días, no dió otro resultado que avivar más y más la venganza y la tiranía de los godos; y más tarde, burlado escandalosamente por el Conde Ruíz de Castilla el solemne pacto de garantías, inicióse la persecución universal y las prisiones; y entonces, Señores, el generoso pueblo de Quito fué testigo de la sangrienta hecatombe del 2 de Agosto de 1810.

Ese torrente de sangre generosa de los proclamadores de la libertad, corrió por los campos de Colombia, empapó su suelo y le hizo más fecundo!.....

Brotaron al momento, de aquí y de allí, esas falanjes de héroes que en el Norte y el Sur sembraron el espanto en las enemigas huestes.....y desatóse terrible tempestad y sus rayos cruzaron por las nevadas colinas y por el ardiente valle.

Colombia conmovida entonces, y en agitación desesperante, convirtiéndose en campo de batalla y arrojando el guante á sus dominadores, proclamó sin condiciones la libertad y la independencia del mundo de Colón.

Cien combates y sangrientas batallas se libraron entonces, y mil héroes, casi fabulosos, aparecieron en la escena, cuyos maravillosos hechos nos recuerda la historia con admiración estupenda.

No quiero, Señores, describir esos hechos,

ni hablaros ahora de cada uno de los famosos adalides de la magna guerra de Colombia.

Deseo solamente expresar algunas frases, como recuerdo de admiración y homenaje al Gran Batallador americano, á cuya memoria la gratitud nacional levanta hoy este patriótico monumento.

III

¿Qué podrá decir, Señores el pigmeo que os habla, en alabanza perfecta de ese Coloso americano?

¿Qué en pro del joven admirable de 15 años, que voló el primero á formar en las filas del ilustre Miranda y que continuó combatiendo aliado con los valerosos Mariño y Piar, con la gallardía de quien, más tarde, debía ser el Libertador del reino de Atahualpa y el Gran Mariscal de Ayacucho?

Básteme decir que Sucre fué uno de los 500 bravos que en el Oriente de Venezuela infundieron terror á los 8.000 veteranos del feroz Monteverde:

Que los desastres de Aragua templaron más el carácter indomable de nuestro héroe; y que cobrando nuevos bríos, partió en busca de elementos de guerra, que dieron nueva vida á Venezuela espirante, y prepararon los triunfos decisivos sobre el poderoso Sámano y el invencible Morillo, y los laureles inmarcesibles de los campos de Arauca, Boyacá y Carabobo.

IV

El valeroso pueblo del Guayas, presidido por sus ínclitos varones, proclamó su inde-

pendencia! La refulgente espada de Sucre reverberó entonces en Yaguachi; y la causa de la libertad recobró nueva vida en las margenes del Guayas!.....

El malhadado Guachi fué por segunda vez el *sepulcro* de los patriotas! Pero sus dispersas huestes, reunidas por el Genio de la guerra, formaron un ejército que, pocos días después, ascendió á la cumbre de Pichincha, para sellar con la noble sangre de Abdón Calderón la legendaria guerra de la independencia, “de esa guerra santa que todo un Continente la cantaba en coro, buscando la libertad.”

V

La gloria de nuestro Héroe no acabó en Pichincha, Señores: su espada vencedora fué también á brillar esplendorosa en la noble ciudad de los Reyes y en los campos de Ayacucho y en las escarpadas breñas de Chuquisaca. Tampusla y Potosí, para gloria de la emancipación de la América española y del eminente fundador de Bolivia!.....

VI

Los recuerdos de esta gigantesca epopeya de la libertad, y el respeto y acatamiento que debemos á la memoria del immaculado ciudadano, del guerrero prepotente y del estadista sabio, prudente y generoso, deben engendrar en nuestros pechos el amor santo del deber y la idea salvadora del legítimo derecho.

“Pueblo que no conoce sus derechos será esclavo.....”

Pueblo que sabe defender sus derechos será republicano y libre.....

Los pueblos que no conocen ni sus deberes, ni sus derechos, son el apoyo de los tiranos..... Los pueblos de esbirros han perdido siempre á las naciones.....

Conozcamos, Señores, nuestros deberes de ciudadanos y nuestros derechos de verdaderos republicanos, de patriotas puros y sinceros, y veremos muy pronto implantada la república práctica.

No hay tiranos en las Repúblicas cuando no hay esclavos.

El despotismo es el hijo legítimo de los ciudadanos débiles, indolentes, miserables y cobardes.

Así mismo, Señores, no puede haber buen Magistrado, si los ciudadanos no cumplen con sus deberes, y si no hacen de sus derechos el uso legítimo que la ley les otorga. Los malos ciudadanos hacen desbordar al Magistrado; y muchas veces el abuso de un deber, engendra la discordia, la anarquía y la muerte de la sociedad.

Conozcamos nuestros derechos, para hacerlos respetar de los déspotas; pero cuidemos también de cumplir con nuestros deberes de ciudadanos, para hacer triunfar la justicia, la libertad, el orden, la paz y el progreso de la Nación.

El principio de autoridad es la tabla de salvación de las sociedades verdaderamente progresistas.....

Rotos los lazos que unen al que manda y al que obedece, y deshechos los vínculos sagrados del Magistrado con el Pueblo, la sociedad rueda al abismo con velocidad vertiginosa.

Los anarquistas socavan el cimiento de las sociedades modernas, echando abajo el grandioso edificio del orden y los fragmentos de ese sólido edificio de la moral vuelan deshechos en mil pedazos, y sepultan bajo sus escombros, la religión, la autoridad y la ley!

Estas ideas, que las he expresado en otra ocasión patriótica y solemne, las ratifico hoy en presencia de este Coloso de la fama, en cuyo homenaje me he atrevido á levantar mi voz de ciudadano agradecido, y de hijo respetuoso y admirador de las eminentes virtudes del Libertador de la Patria.

VII

Si la ingratitud de pocos criminales amargó el corazón de Suere inmaculado, y si la ambición inicua extinguió la vida preciada del varón excelso, la gratitud universal de cinco naciones proclama sus virtudes y perpetúa su sagrada memoria!

¿No veis, Señores, este oleaje de ciudadanos entusiastas que, con sus ecos de patriótico regocijo, atruenan el espacio, cantando los himnos de la Patria con entusiasmo sin ejemplo?

Este monumento levantado por la gratitud nacional, debe servirnos de recuerdo perdurable para que imitemos las virtudes del ciudadano, del filósofo y del héroe!

Así, y sólo así, seremos útiles á esta Patria conquistada con la sangre de nuestros padres, con los grandiosos esfuerzos y sacrificios admirables del Gran Bolívar y con la espada del egregio Gran Mariscal de Ayacucho.”

*Poesía pronunciada por el Sr. D.
Juan Abel Echeverría.*

EN LA INAUGURACION DE LA ESTATUA DE SUCRE.

¡Gloria al genio inmortal, mil veces gloria!
De sus hazañas ínclitas testigo,
Aquí el Pichincha, faro de la Historia,
De libertad eterno monumento,
Do arrollado por siempre el enemigo
De patria independencía, al libre viento
Desplegó Sucre la triunfal bandera,
Al estruendo de música guerrera.

La Victoria jamás volado había
Con sus coronas á mayor altura;
La frente del volcán se estremecía
Con los ¡hurras! del pueblo delirante,
Ebrio de patriotismo y de ventura;
Que nunca del cañón la voz tonante,
Pedido había el canto de la fama
Do enciende el rayo su *sangrienta* llama.

Desde entonces setenta primaveras
Han sus guirnaldas puras deshojado,
Y por cumbres desiertas y praderas
De Sucre y Calderón, Córdova ardiente,
Sollozando las sombras han volado
¿En dónde la pirámide eminente
Sobre la cual entre marciales galas,
Debía un genio desplegar las alas?

No á negra ingratitud ni á *infame* olvido,
Pueblo de los Salinas y Morales,

Echaste el monumento prometido;
Encerrando en el Héroe sin mancha
Tus más altos, patrióticos ideales,
Hoy, á par de ellos, tu justicia brilla
En la estatua que férvido inauguras
A las edades para hablar futuras!

Para decirles que, si mano impía
De aleve criminal inmoló al Justo,
La santa gratitud, nunca tardía,
Eterniza en el bronce su memoria,
Da bendiciones á su nombre augusto,
Y le canta los himnos de la gloria
Bajo el iris de paz que abraza el suelo,
Como el pórtico espléndido del cielo!

¡Oh Paz, dulce lazada de las almas!
En el hogar, amor; en las Naciones,
Honra, progreso y florecidas palmas!
Los ángeles del cielo te anunciaron,
Para dicha de humanos corazones,
Cuando el misterio de Belén cantaron!
Flote siempre en tu mano la bandera,
Girón del iris, que en la Patria impera!

Cuando buscó para su idea forma
El estatuario en sueños de poeta,
El ángel de la paz le dió la norma.
Vedle: no blande la fulmínea espada;
La siniestra en la vaina la sujeta,
Y con la diestra inerme levantada
Parece que nos dice: “¡Ciudadanos,
Unión y paz, que todos sois hermanos!”

“Ese monte sagrado donde un día,
Hijos heroicos de una misma raza,
Su sangre derramaron á porfía

Vencido y vencedor,—testigo sea
De que la unión los ánimos enlaza,
Y en su cúspide abrupta el mundo lea:
—Nació la Libertad en la alta Quito;
Y el Despotismo aquí dió el postrer grito!"

Sí; que doble laurel reteje ahora,
Noble ciudad, tu mano agradecida:
El que este bronce divinal decora,
Y el que á los manes ínclitos de Agosto
Consagra fervorosa y dolorida.
Pueblo que conquistóse á tanto costo
Honrado hogar y Patria independiente,
¿Con sangre hermana manchará su frente?..

¿No bastan ya seis décadas de llanto
Para el monstruo saciar de la Discordia?
¿Otra vez y otra vez el níveo manto
Rasgarán de la Patria hijos crüeles?
Oh! si ha de huir de nuevo la Concordia,
Si hollados han de ser estos laureles,
¿A qué elevar trofeos á la gloria,
Patria adorada, si será irrisoria?

¡Sombra sublime! ¿llegará el ultraje
A profanar tu pedestal sagrado,
Sin que modere el ímpetu salvaje
Tu angélica figura redentora?.....
¿En tu presencia cargará el soldado
El arma, de las leyes guardadora,
Para, aleve, al patíbulo elevarlas
Y, en nombre del Derecho, destrozarlas?

¡Oh Musa, calma tu ardoroso celo!
Olvida lo pasado, y canta ufana
Los bienes que otorgó pródigo el Cielo
Del porvenir para sin par grandeza,

A la úberrrima tierra ecuatoriana.
Y alzando entre dos siglos la cabeza,
Repite en verso digno de memoria:
¡Gloria á Sucre inmortal, mil veces gloria!

Soneto del mismo autor.

AL PICHINCHA.

¡Pichincha! monumento de la Historia,
Consagrado por Sucre, hijo de Marte,
De cuya cima al universo parte
Cándida luz de perdurable gloria;

Hoy que tu pueblo trae á la memoria
Las hazañas del Héroe que á salvarte
Vino con el simbólico estandarte,
Que tremoló en tu cumbre la victoria,

Salve! mi labio te saluda ardiente!
Y pide al cielo que este sol glorioso
Ponga el arco de paz sobre tu frente!

Que, si nació al estruendo victorioso
De cien combates Libertad riente;
El Progreso, sin paz, huye medroso!

DISCURSO

*del Sr. D. Daniel Moreano, en el acto de
ofrecer al Excmo. Sr. Presidente de la República
una medalla de oro á nombre de los artesanos.*

“Excmo. Señor, Señores:

Acaba de pasar la fiesta de la industria, y los artesanos que tomaron parte en ella han escogido uno de los objetos premiados en la Exposición Nacional, para hacer presente su gratitud y su esperanza al eximio patricio Sr. Dr. D. Luis Cordero; pues, si empieza recién su gobierno, como ciudadano ha dado pruebas repetidas de su interés por las artes; y aun ahora concurrió, como simple expositor, á nuestro certamen, confundándose alegre con los hijos del pueblo.

Desde los primeros momentos de su llegada ha tendido mano generosa á los industriales, dándoles estímulo con su benevolencia y distinciones: ved si no tenemos razón para reputarle amigo, y como á tal darle una prueba de afecto; porque quien es inteligente, patriota é ilustrado, tiene que dar protección decidida á las artes y ser el Mecenas del humilde artesano.

Esta medalla significa esperanza que pide aliento para los desheredados de la fortuna, voto que promete la vida por la paz y el orden, testimonio de que los artesanos tienen corazón, y como viven del trabajo, que dignifica, sin más ambición que el pan del hogar y el título

de honrados, no tienen otra mira que la paz y progreso de la República, hoy vinculados en quien se ha elevado también por el trabajo y elevará á la República con la inteligencia.

Excmo. Señor, llevad esta medalla sobre el pecho, para que recordéis que os aman los hijos del pueblo y que tenéis obligación de amarnos; y os la da nuestra callosa mano al pie de la estatua del immaculado é ínclito Sucre, para que seáis noble como él; nos deis paz á despecho de la demagogia, progreso á pesar del oscurantismo y gloria basada en la protección al trabajo.”

S. E. contestó:

“Señores:

Con toda la sinceridad de mi alma declaro solemnemente que no tengo derecho alguno á ser condecorado con la hermosa prenda que la mano generosa de un representante del trabajo acaba de ponerme en el pecho.

No soy acreedor, ciertamente, á tan honrosa distinción, y mucho menos en una solemnidad como ésta, dedicada á la gloria del excelso Capitán que emancipó á la Patria; pero el hecho es, Señores, que un hijo de las Artes me ha honrado públicamente, y yo debo inquirir los motivos de esta generosa demostración de afecto.

Jamás he tenido por conveniente hablar de mí *yo*, sobre todo en circunstancias en que no pueden hermanarse la grandeza y la pequeñez, el esplendor y las sombras; pero ahora disimularéis, no lo dudo, que el pigmeo se levante á cierta altura, ya que sus hermanos generosos se empuñan en exaltarlo.

Por la voluntad del pueblo me hallo, Señores, á la cabeza de la República. Soy y quiero ser el verdadero Jefe del pueblo, yendo siempre acompañado de él, por la senda estricta de la legalidad, en solicitud del progreso, que con afán buscamos él y yo.

Pequeño he sido, ciertamente, como ciudadano particular; pero, como primer magistrado de mi patria, no quiero, no puedo, no debo acordarme de mi antigua pequeñez. La poderosa mano del pueblo me ha traído á esta elevada posición, desde la cual hablo con él

¡Promotores prácticos del progreso nacional!; defensores armados de la ley, con vosotros me entiendo! Los trabajadores y los soldados son en este momento mis héroes. Los unos impulsan la prosperidad del Ecuador, por medio de la industria y de las artes. Los otros sostienen el pabellón de la patria, para que, á la sombra de éste, funcione pacíficamente el trabajo. De nada serviría la independendencia que nos conquistó el esclarecido Sucre, si ella no fuese, como lo es, un requisito esencial para que la Nación prospere. La independendencia y la libertad no son el fin, son el medio para llegar á la grandeza.

¡Artistas, artesanos, trabajadores de toda especie, vosotros comprendéis mucho mejor que los políticos el objeto de la independendencia, el uso de la libertad! ¡Vosotros honráis prácticamente á todos los capitanes que nos dieron patria! Yo entiendo por *patria*, Señores, el territorio en que una sociedad trabaja por su cuenta, sin depender de nadie.

¡Centinelas abnegados del orden, soldados que vivís con el arma al brazo, para impedir que malogremos los dones de Sucre, vosotros

le honráis también mejor que los políticos! Se os tiene vulgarmente por heraldos de la guerra; pero este concepto es erróneo. Para mí los soldados de la República son la paz, condición indispensable de todo adelanto.

¡Hermoso espectáculo, Señores! El pueblo dividido en dos armónicas mitades, para el fomento de la prosperidad pública. La una mitad trabaja; la otra protege. La una necesita de quietud, para producir; la otra renuncia á su quietud, para amparar la producción. ¿No os parece que nuestro sensato y laborioso pueblo es propiamente una colmena social, donde una gran parte de las abejas elabora la miel, mientras otra parte custodia el panal, para que no se lo chupen los zánganos?

Los trabajadores, los soldados, hé aquí el verdadero pueblo de mi patria. A él he tenido siempre la honra de pertenecer; á él pertenecen, de igual manera, todos los que viven de una industria lícita y decente, todos los que de cualquier modo protegen la vigencia del derecho.

¡Pueblo de esta magnánima Capital, yo te saludo con reconocimiento, como á legítimo representante de todos los hombres de bien que habitan en la Nación Ecuatoriana!

De la digna mano de uno de tus hijos he recibido esta presea, que tendré la honra de llevar con orgullo sobre mi corazón de patriota. Si me la hubiese obsequiado un rey, no la estimaría tanto. Es una brillante prueba de que con afecto me pagáis lo mucho que os estimo.

¿Pero qué merecimiento digno de ser recompensado premiáis en este amigo vuestro? Si lo vistéis junto á los cimientos de vuestra futura Basílica nacional, haciendo pública pro-

fesión de católico y de republicano, ya lo premiasteis con la manifestación de vuestra general complacencia.

Si lo tuvisteis en vuestros admirables institutos de educación pública, gozándose en el adelanto general de la enseñanza, ya le bastó como recompensa la consideración de los profesores y el envidiable cariño de los alumnos.

Si en la lucida exposición nacional, en que habéis sido expositores, os acompañó con algo que probase su amor á los certámenes de la industria, ya le cupo la suerte de ser laureado á par de vosotros.

Si en los días magnos de la patria, si en la apoteosis espléndida de este adalid ilustre, ha contribuído á la gran fiesta con lo único que tiene, el fuego natural de su alma, bien recompensado está con asistir á esta conmoción eléctrica de innumerables ciudadanos libres, que se agrupan en derredor de un genio, para bañarse en lumbre de gloria.

El premio con que me favorecéis, generosos hermanos míos, pertenece en justicia á los beneméritos autores de este inmenso regocijo popular. Los que, luchando tenazmente con grandes obstáculos, á fuerza de patriotismo y de constancia, lograron alzar á Sucre sobre majestuoso pedestal, para que enseñe á los siglos el teatro de una gran victoria; los que vincularon con el mayor acierto la glorificación del héroe al recuerdo del fausto día en que nació la Patria, éstos son los acreedores á vuestro reconocimiento, éstos los que merecen medallas y coronas.

Mas, ya que el favorecido por vuestra caballerosidad soy yo, que no me reputo digno, conservaré esta joya como si fuese ajena: seré

el feliz depositario de una bella conderación que tiene otros dueños. Lo son, para mí, el Ilustre Concejo Municipal de la agradecida Quito, los dos dignísimos Presidentes que me antecederon en el solio, el honorable ciudadano Dr. D. Francisco Andrade Marín, y varias otras personas, entre las cuales se cuentan algunas distinguidas damas de esta caballerosa ciudad.

Temo fastidiaros, Señores: voy á concluir.

Agradezco de todas veras al hábil artista Sr. Moreano, que ha tenido la amabilidad de obsequiarme esta galana joya. Agradezco igualmente á la gran clase trabajadora, en cuyo nombre me la ha presentado. Agradezco también al respetable concurso que, favoreciéndome con su simpatía, aplaudió la singular honra recibida por mí.

¡Pueblo generoso de mi querido Ecuador! merecimientos le faltan á vuestro actual gobernante; pero le sobran republicanismo, decisión por la prosperidad del Estado, amor á la gloria. Por eso se complace en hombrar con vuestros hijos, de igual á igual, como legítimo hermano suyo; por eso trata de gobernaros suavemente, llevando por norma la ley y por divisa el trabajo; por eso, en fin, no se abstiene de acrecentar con su entusiasmo el vuestro, cuando se entona en las plazas públicas el himno de la libertad y se yergue gallarda la augusta imagen del campeón de Pichincha y Ayacucho.

¡Juremos, ciudadanos, á presencia del heroico Mariscal, conservar incólume y digna, libre, pacífica y próspera, esta Nación que, al mágico influjo de la espada de Sucre, apareció, niña y hermosa, en el verde regazo del imponente Pichincha.

¡Artesanos que trabajáis por el engrande-

cimiento de ella; militares que veláis para que la demagogia no la deshoure, ni la tiranía la degrade; ciudadanos todos los que os honráis con el título, propiamente republicano, de *hombres de bien*, ayudadme á gobernarla con acierto! Os autorizo para que me deis las espaldas, si soy desleal á las instituciones de la República; pero, si cumplo, como hasta hoy, con el solemne juramento que hice, de arreglar mi conducta á la Constitución y á las leyes, prestadme vuestra cooperación eficaz y poderosa... ¡Os la pido en presencia del Adalid que nos dió la libertad!

*Poesía pronunciada por el Sr. Dr. D.
Gonzalo S. Córdova.*

AL PIE DE LA ESTATUA DE SUCRE.

¡Levántate inmortal sobre los hombros
De un pueblo que idolatra tu memoria!
Mira el Pichincha allí, montón de escombros
De una remota edad de cataclismo,
Convertido en el templo de tu gloria,
Donde la Libertad que me ilumina
Y la conciencia universal domina,
Entona á tu heroísmo,
Ese canto inmortal de una victoria
Que atrás no deja ni una mancha leve
Ni dudas para el fallo de la Historia!

Tan puras son tus glorias cual la nieve
Del Chimborazo, soberano andino,

A cuya frente colosal de plata,
Espejo de los cielos y la tierra,
Sólo avanza á mirarse y se retrata
Bolívar, el Gigante de la Guerra!

¡Álzate, generoso
Capitán de magnánimas acciones,
Que este pueblo orgulloso
De sus glorias, virtud y tradiciones,
No permite que estén sobre su frente
Sino el cielo, las nubes y los grandes
Inmortales cual vos y nuestros Andes!

Jamás guerrero alguno
De los tiempos de Grecia ni de Roma,
Habló tu suave idioma
De paz y de perdón con el rendido,
En la arena candente del combate.
Convertido en tribuna,
Defensor de los fueros del vencido,
Te encontraron las huestes españolas,
Pasado ya el embate
De las sangrientas olas
De ese mar estupendo de la Guerra,
Cuyo ruído paréceme que escucho
Todavía en la sierra
Del Pichincha y el campo de Ayacucho!

Mas ¿quién osó llamarte en el preciso
Instante de la bélica contienda,
Cuando el Triunfo, indeciso,
Confundido entre el humo y la metralla,
Vagaba por los campos de batalla?
Ninguno! pues que entonces
Allí donde señalas, grave y mudo
Con tu dedo de bronce,
Y en cien combates más, donde triunfaste

Con tu genio y valor y fuerza extraña,
Fuiste ¡Sucre inmortal, yo te saludo!
Águila que aleteaste
Sobre los lomos del León de España!

¡Pueblo de heroicas lides!
¡Pueblo del diez de Agosto! saludemos
Al modesto filósofo en quien vemos
Al ínclito Aristides
Con el fuego de sangre americana;
Al redentor de las sagradas leyes
De nuestra santa Libertad humana,
Pisoteada tres siglos por los Reyes
Que tuvieron cautiva
La virgen que Colón les diera altiva!
¡Levántate inmortal y sólo escucha
El himno de los pueblos redimidos
Con tu inocente sangre y con tu lucha,
Sin que lleguen jamás á tus oídos
Los fatídicos ecos
Del callejón sombrío de Berruecos....?

DISCURSO

pronunciado por el Sr. Dr. D. Juan R. Orejuela.

“Señores:

La posteridad registrará con asombro los hechos portentosos de la Independencia Americana, y al recorrer la lista de los héroes que en ella figuraron, quizá llegará á dudar de su existencia. ¡Qué tiempos aquellos, Señores! ¡Qué hechos! ¡Qué hombres! Bolívar, grande entre los grandes, gigante entre los héroes

que han sido y que serán, descuella en ese firmamento, según el dicho del gran poeta, como el sol entre todos los astros.

¡Qué hombres aquellos, Señores! Pácz, Urdaneta, Cedeño, Arismendi, Girardot y otros tantos, que han grabado sus nombres en el libro de la fama, héroes son, que cualquier estado envidiaría. Distinguirse entre todos ellos, magna empresa; y esta empresa la realizó el más modesto de ellos, Sucre, que sin Bolívar habría sido el primero. Sí, Señores, Sucre, de quien el mismo Bolívar predijo que rivalizaría con él; Sucre el Capitán experto, activo y científico, guerrero feliz, predestinado por la gloria para sellar la redención americana. Sucre, que escribió con la punta de su espada sobre las cumbres del Pichincha el último canto de la libertad de Colombia, y en la llanura de Ayacucho el poema de la emancipación del Nuevo Mundo: Sucre, que vivió poco para el tiempo, pero que vivirá eternamente en el templo de la inmortalidad: Sucre, modelo de guerreros, de gobernantes, de filósofos y de ciudadanos: Sucre, á quien engrandeció más, si cabe, el crimen infame de una demagogia turbulenta, y sobre cuya tumba las pasiones no han osado levantar su pestífero aliento: Sucre, á quien el Ecuador debe singular tributo de gratitud, y tributo que hoy, á los setenta años de ordenado, hemos venido á cumplir.

La Patria está de plácemes, Señores, porque ha pagado esta deuda sagrada. La estatua del gran Sucre se ostenta allí, gallarda: hemos satisfecho un deber material hacia el héroe; pero para con él nos liga también un deber moral de ineludible cumplimiento. La memoria de Sucre nos obliga á imitar sus vir-

tudes, y sea este monumento el libro que nos predique diariamente las lecciones de hidalgo patriotismo de que fué ejemplo el héroe á quien representa.

DISCURSO

pronunciado por el Sr. Dr. D. Emilio M. Terán.

Excmo. Señor, Señores:

Pueblo que respeta y recuerda con gratitud las glorias patrias, gran pueblo es, dije no ha mucho tiempo, hablando del héroe á quien rendimos hoy el debido homenaje á su excelencia y sacrificios, el verdadero culto con el que una República se hace digna de sus tradiciones y de una historia que, si escrita con la sangre de mil y mil mártires, es la historia de la libertad y del honor.

Kosciusko escribe con su acero teñido en su propia sangre el fin de Polonia; Sucre, en el regazo del secular Pichincha, escribe, valeroso y noble, el fin de la tiranía. El primero traza la historia del honor, y Sucre, el angel de la victoria, la de la libertad. Polonia, adorando á Kosciusko, á través de sus tribulaciones y dolores, tiene la majestad de una desgracia tan sublime como irremediable; Quito, contoneando alborozada y entusiasta la sagrada figura de su libertador, gran pueblo es: recuerda, bajo laureles que no ciñó jamás nación ninguna, sus glorias y heroicidad. Y ¿cómo, Señores, no va á ser grande, si en su Diez de Agosto erige un monumento al immaculado hé-

roe del Pichincha, y si en este día puede exclamar orgullosa: *Soy el pueblo rey, el pueblo del Diez de Agosto: mi sol fecunda todavía los derechos de la humanidad en todo un Continente!*

Yo no sé, Señores, si Quito en el Diez de Agosto de 1809, haciendo de un volcán el sublime atalaya de la libertad, mostrando á la hija del Océano la tricolor bandera, á cuya sombra han de hallarse incólumes los soberanos derechos de un mundo siempre noble y poderoso, sea más grande que hoy, fastuosa y agradecida, rellorando, en medio del gozo y entusiasmo, el hondo abismo que, en forma de política, separa á hijos de una madre en cuya exánime garganta hincamos á menudo el vil puñal de las pasiones y el de la infamia.....

¡Sublime espectáculo el que tengo á mis ojos! Vos, inmortal Sucre, habéis sido en vida el árbitro de la guerra, y hoy os contemplo más grande y poderoso: con vuestra imagen sois el árbitro de la paz: esos grupos que se llaman partidos políticos, ante vuestra memoria se ocultan, talvez avergonzados, entre un pueblo leal y republicano; y esas iniquidades bautizadas en los antros de Caín con el nombre de política, tórnanse en admiración y gratitud; y á vuestros pies sólo se ve el hermano junto al hermano, y el súbdito junto al Magistrado.

Pues bien, Señores, acojámonos á estas aras; sean ellas testigo sagrado de una vida política más honrosa y digna. ¡Que nos fuera dable entregar la mitad de nuestras glorias, en cambio de borrar los recuerdos de crímenes pasados!... ó que siquiera no levantemos este monumento para más tarde, profanarlo con mutuos y repetidos agravios, fratricidas luchas é innobles y arrastradas ambiciones.

¡Habéis querido perpetuar la memoria de un titán? Sea, Señores; pero que ese bronce, así como el estruendoso fragor del cañón anunció en Pichincha consumada nuestra libertad, que ese bronce, digo, cuente á las generaciones futuras nuestras glorias, mas nunca nuestras disenciones ni desgracias.

La magna guerra de la emancipación americana, sus recuerdos y beneficios no pueden ser fecundos sino bajo el imperio de la paz y de la ley; y donde ellos no fructifiquen, este monumento será apenas la sarcástica risa contra la libertad ecuatoriana.

Jesucristo oró en el Monte de las Olivas para enseñarnos que hay sacrificio costoso en cambio de la paz. Nosotros juremos que mientras el cielo del Pichincha corone á Sucre con sus fúlgidas estrellas, Quito, con sus virtudes públicas, iluminará las sagradas aras del dios del triunfo y la clemencia.



SUCRE

(Al Sr. D. C. Camilo Daste, Redactor de "El Municipio")

Si con intensa emoción
Que no expresan las palabras,
He admirado tus virtudes
Y tus ínclitas hazañas,
Y si todas son destellos
De tu vida inmaculada,
Estrella polar que guía
La nación ecuatoriana;
Si en el templo de la gloria,
Tu nombre esculpido se halla
Con el buril diamantino
En que convirtió la espada
Bolívar, el héroe excelso
Cuya alma férvida y grata
Más se elevó al proclamarte
El hombre de las batallas;
Si el mar Caribe dos veces
Reprimió su furia aciaga,
No por respetar al César
Que conquista y avasalla,
Sino al que llevó consuelos
A la patria infortunada,
Que como nunca gemía
Del despotismo en las garras;
Si después de la victoria
Fué tu corona preciada
El oponer al vencido
Tu hidalguía castellana,

Formando así el fundamento
De posteriores alianzas
Que son timbre generoso
De sus hijas y de España;
¿Cómo podré dignamente
Entonar hoy tu alabanza?

El Pichincha majestuoso
La cumbre á los cielos alza,
Y dando al viento el penacho
Que ennegrecido retrata
Lo instable de la existencia
Del poder que se degrada,
Me figuro el centinela
De fiero aspecto, que guarda
El legado de tu esfuerzo,
Nuestras libertades santas.
Pichicha! digno palenque
Que el cielo te destinara;
No han alcanzado su altura
De extraño suelo las águilas;
Y tú desde allí radiante
Con proféticas miradas,
Ya presentiste Ayacucho
Y la América salvada.
Pichincha! eterno poema
De tus acciones preclaras;
El pregona con su cima
Eminente y argentada,
Que no tocaron el fango
De tu alma pura las alas;
Y con el fuego potente
Que se agita en sus entrañas,
Que fué tu noble ardimiento
El que tornó en soberana
A esta tierra que yacía
Bajo el yugo de la esclava.

Quito, la virgen andina
De aureola inmortal ornada,
Cuya sangre generosa
Fué el bautismo de la patria,
El lauro del *Diez de Agosto*
Al mundo presenta ufana;
Y entre cánticos de gozo
Que repercute la fama,
Su *Gratitud* perpetúa
En el bronce de tu estatua.
Sublime ovación del pueblo
Que tu memoria idolatra!
A su entusiasmo frenético
Mis labios trémulos callan,
Ya que con viva emoción
Que no expresan las palabras,
Siempre admiré tus virtudes
Y tus heroicas hazañas.

CELIANO MONGE,

Quito, agosto 10 de 1892.



APENDICE.

EL CONCEJO CANTONAL DE QUITO,

CONSIDERANDO :

1º Que el pueblo Ecuatoriano tiene eterna gratitud al Gran Mariscal de Ayacucho,

ANTONIO JOSE DE SUCRE,

vencedor en Pichincha, por sus inmensos é imponderables servicios prestados á la causa de la emancipación americana;

2º Que el Concejo Cantonal de Quito, con el noble propósito de perpetuar la memoria de tan magnánimo como ínclito guerrero, ha trabajado desde 1873 por erigir una estatua digna del Héroe; y

3º Que la fecha más apropiada para el objeto es la que conmemora el primer grito de Independencia, dado en esta ciudad;

DECRETA :

Art. 1º Levántese una estatua de bronce al Gran Mariscal de Ayacucho, en el centro de la "Plaza Sucre".

El pedestal será de traquita, extraída de las faldas del Pichincha, campo de la victoria del 24 de Mayo de 1822, y tendrá cuatro fases: en las tres irán sendos bajos relieves que re-

presenten, respectivamente, la victoria de Pichincha, la de Ayacucho y la de la Apoteosis de Sucre; y, en la cuarta, la siguiente inscripción, grabada en mármol: “A SUCRE — EL ECUADOR. — 1892.”

Art. 2º La inauguración se verificará el 10 del presente mes, con la mayor solemnidad posible, y habrá cuatro días de festejos públicos.

Art. 3º Se extenderá una acta en la que conste que la inauguración la llevó á cabo el Concejo, en unión de los altos Dignatarios y de los Comisionados de los Distritos, Provincias y Cantones de la República, que concurren.

Art. 4º Esta Ordenanza se publicará por bando solemne; y una copia de ella, como también el original del acta de que se habla en el artículo anterior, se conservarán permanentemente en el Salón de sesiones del Concejo.

Dado en Quito, á 1º de Agosto de 1892.

El Presidente, *José María Bustamante*. —
El Secretario, *C. Camilo Daste*.

Jefatura Política del Cantón. — Quito, á
3 de Agosto de 1892. — EJECÚTESE. — *Carlos Demarquet*. — El Secretario, *C. Camilo Daste*,

Es copia.—El Secretario, *C. Camilo Daste*.

INVITACION PATRIOTICA DEL CONCEJO MUNICIPAL.

El diez del presente, á la una de la tarde, se efectuará la inauguración de la estatua del Gran Mariscal de Ayacucho.

El Concejo Cantonal de Quito va á realizar el proyecto que ha perseguido desde 1873; satisfaciendo, así, la inmensa deuda de gratitud contraída con el Héroe de Pichincha. Mas para llenar cumplidamente tan sagrado deber, el Concejo espera una cooperación generalísima, ya que todos estamos obligados con quien supo asegurar la libertad de que disfrutamos.

No hay entre los habitantes de la tierra predilecta de Sucre, quien no tenga motivo especial de honrarle: los altos dignatarios, al Magistrado modelo, al hábil Diplomático, al eximio Capitán; la clase más elevada de la sociedad, á uno de sus más dignos representantes; la humilde, al *angel de la democracia*; la colonia de Bolivia, á su primer é inolvidable Magistrado; la de Colombia, al segundo de los Capitanes de la magna guerra; la del Perú, al Vencedor de Ayacucho; la de Venezuela, á uno de sus hijos predilectos, honra y prez del suelo que le vió nacer; todas las demás colonias, al soldado valeroso de la libertad, cuya patria es el mundo entero.

A todos hacemos patriótico llamamiento y exigimos la ofrenda de todos, ya que en justicia se la debemos á Sucre.

Agrupémonos, pues, en torno del Héroe, para rendirle merecido tributo de honra, de gloria, de gratitud.

Quito, agosto 3 de 1892.